

GRADO EN HISTORIA DEL ARTE

2016-2017

**‘PANEM ET CIRCENSES’: LOS *MUNERA GLADIATORIA*
Y SUS REPRESENTACIONES EN LA ANTIGUA ROMA**



Trabajo de Fin de Grado realizado por: Sergio Márquez Morales

Dirigido por: Domingo Sola Antequera

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
2. VIDA Y RELIGIOSIDAD EN LA ANTIGUA ROMA	5
2.1. Las festividades religiosas	5
3. LOS JUEGOS EN ROMA: ENTRE EL OCIO Y LA POLÍTICA	11
3.1. Actividades lúdicas: el tiempo de ocio	13
3.2. Los juegos públicos	15
3.2.1. Los <i>munera gladiatoria</i>	15
3.2.2. Otras maquias: <i>venationes</i> y <i>naumachias</i>	27
4. LOS RECINTOS	33
4.1. El teatro.....	33
4.2. El circo	38
4.3. El anfiteatro.....	40
5. TIPOS DE GLADIADORES Y REPRESENTACIONES EN LA ANTIGÜEDAD.....	43
5.1. Tipos de gladiadores	43
5.2. Representaciones	50
6. CONCLUSIONES	58
7. BIBLIOGRAFÍA/VIDEOGRAFÍA	61

1. INTRODUCCIÓN

El presente Trabajo de Fin de Grado se ocupa de uno de los iconos más reconocibles de la antigua Roma, la figura del gladiador, cuestión que apenas pudimos tratar en la asignatura de Arte Antiguo y que siempre nos ha suscitado un gran interés.

A la hora de abordar esta cuestión no solo quisimos hacer un análisis y una reflexión sobre la iconografía y las representaciones que hemos conservado sobre esta figura, sino además estudiarla entendiendo el contexto en el cual surgió. Para ello se hacía necesario entender cómo funcionaba la sociedad romana, cómo entendían la religión, qué rituales se llevaban a cabo a lo largo del año, quiénes los ejecutaban, y así desentrañar las razones por las que un festejo en el que unos luchadores que se jugaban la vida para honrar la memoria de un difunto, y que por tanto solo tenía razón de ser en el ámbito funerario, se acabó convirtiendo en el espectáculo más sangriento y popular del Imperio Romano, que no escatimó en gastos para levantar grandes anfiteatros y soportar los altísimos costes que la organización de los mismos conllevaba.

Nuestros objetivos, por tanto, serán:

1. Entender la estrecha relación entre la vida y la muerte en la sociedad romana.
2. Reflexionar sobre la importancia de la religiosidad en la vida cotidiana de los romanos, para comprender las razones por las que el Estado se vio inmerso en la celebración de numerosos festejos que podían incluir espectáculos sangrientos, caso de los *munera gladiatoria*, que son la base de nuestro trabajo.
3. Estudiar las diferentes tipologías de gladiador que existieron, para partiendo de su indumentaria y atributos poder hacer un análisis iconográfico de las representaciones que de éstos se han conservado sólo en la Roma Antigua, desestimando por razones cronológicas la pintura historicista del XIX y las adaptaciones cinematográficas del XX, tan ricas en imágenes de luchas de gladiadores.
4. Conocer el origen de los gladiadores, procedencia y formación de éstos, para establecer cuál era su estatus social dentro de la compleja sociedad romana.
5. Y, por último, hacer un seguimiento al origen y desarrollo de los juegos para entender cómo obtuvieron tal apoyo por parte del patriciado romano, lo que llevaría a levantar los grandes edificios destinados a espectáculos públicos –por tanto, al ocio- en la antigua Roma.

Metodológicamente hemos comenzado nuestro trabajo recopilando todo el material bibliográfico que sobre el tema tratado se encuentra en la biblioteca de nuestra universidad, así como documentación cedida por alguno de los profesores del Departamento y otros libros adquiridos online. Estos materiales nos sirvieron para ir estableciendo el índice y la estructura del trabajo además de para saber hacia dónde podíamos encaminar nuestras reflexiones. Tras ello, buscamos un número considerable de representaciones de gladiadores, de luchas y en general de espectáculos sangrientos, que solían decorar pavimentos y paredes de termas, palacios y viviendas de la alta aristocracia romana para ver qué y cómo se representaban. De esta forma, a la par que intentábamos hacer un análisis iconográfico de todo ello, no perdíamos de vista que en el fondo lo que hacíamos era un modesto trabajo de historia social del arte.

Dentro de los materiales bibliográficos seleccionados, aquellos que hemos utilizado para establecer las líneas maestras de este TFG han sido los trabajos de: Javier Cabrero, *Los Romanos: vida y costumbres en la Antigüedad*; Santiago Segura, *Cultura Clásica y Mundo Actual*, y del mismo autor junto a Manuel Cuenca, *El ocio en la Antigua Roma*. En ellos, encontramos toda la información relacionada con los hábitos de vida de la sociedad romana y sus costumbres culturales y religiosas. Por otro lado, hemos contado con los trabajos de: Roland Auguet, *Los Juegos Romanos*; Philip Matyszak, *Gladiator: El manual no oficial del guerrero romano* y Konstantin Nossov, *Gladiadores: El espectáculo más sanginario de Roma*, para el tema central del trabajo, los espectáculos públicos. Para algunas reseñas históricas de lugares y descripciones de imágenes: Cadario, M., Giustozzi, N. y Chiara, M., *Guida archeologica di Roma*; Tom Holland, *Rubicón* y Connolly, P. y Dodge, H., *La ciudad Antigua: La vida en Atenas y Roma clásicas*. Por último, hemos manejado algunas revistas especializadas en el mundo antiguo, caso de *Desperta Ferro: Arqueología e Historia*.

Para la división del trabajo hemos decidido hacer mención a los grandes temas que engloba este asunto. En la Antigua Roma hay varios aspectos fundamentales que tienen cabida en casi cualquier asunto que la aborde: la vida social, la religión y la política. Sociedad y política iban de la mano, la una dependía de la otra, pues los ciudadanos tomaban partido en los asuntos del gobierno, mientras que la clase política debía satisfacerlos para asegurarse su futuro. La religión era parte intrínseca de la cultura romana e impregnaba cualquier aspecto de la vida cotidiana; así pues, los juegos no se escapaban a ella. Continuando con la estructura, abordamos el tema principal de

este trabajo: los juegos públicos, profundizando un poco más en un espectáculo concreto: las luchas de gladiadores, de los que contaremos su historia y estudiamos su iconografía y representaciones en la Antigüedad. Para hacer del tema que nos ocupa algo más completo, hemos decidido abordar también el tema de los recintos donde tenían lugar los juegos, pues el anfiteatro o el circo eran parte fundamental de la vida social en Roma.

2. VIDA Y RELIGIOSIDAD EN LA ANTIGUA ROMA

La vida en la antigua Roma estaba marcada por una serie de celebraciones religiosas que habían arrancado a comienzos de la República, siendo éstas gestionadas por el patriciado romano y, ocasionalmente, por el mismo Estado. Relacionadas con estos festejos irán surgiendo edificaciones que se destinarían a actividades lúdicas y deportivas, a la par que los gestores de la urbe, máxime a finales de la República y durante el Imperio, se harán cargo definitivamente de la celebración de los *munera*.

2.1. Las festividades religiosas

La sociedad romana estaba compuesta por innumerables gentilicios. Durante toda la historia de la ciudad, sus habitantes se dividirían en dos grandes grupos: los hombres libres y los esclavos.

En el de los hombres libres podíamos encontrar diferencias según el estatus, entre los cuales el más alto era el de los patricios, que gozaban de mayores privilegios, ya fuera por nacer en el seno de una familia acomodada o por portar el apellido de algún antepasado ilustre. En una escala más baja se situaban los plebeyos, la gran masa de la ciudad. Estos se dividían según sus diferencias económicas. Así pues, los nobles eran los más ricos, equiparándose a los patricios no sólo en riqueza, sino también en algunos cargos políticos. Por otro lado, los caballeros estaban en un punto económico intermedio y ocupaban cargos públicos de menor importancia. Los llamados clientes eran personas no nacidas en Roma, cuyo objetivo era obtener la ciudadanía y, para ello, empleaban su tiempo en hacer toda clase de favores a los patricios, por ejemplo votarles en los comicios. Durante el Imperio aparecerá un nuevo estatus entre los hombres libres,

los *honestiores*, ciudadanos ricos y que por ello optaban al *ordo senatorial* y a convertirse en magistrados.

Por último, en la base de todos ellos tendríamos a los libertos, personas que en un tiempo pasado fueron esclavos y que, normalmente, ganaban la libertad por voluntad testamentaria de su amo difunto, pues tras una vida de servidumbre y lealtad hacia una familia solían permanecer con ésta como hombres libres. Por debajo estaban los esclavos, principalmente formados por prisioneros de guerra, o bien por hijos de los primeros; pero también por hombres libres que acumulaban demasiadas deudas para poder saldarlas. Durante el Imperio mejoró levemente la situación de los esclavos, al menos los amos se lo pensaban dos veces antes de ser crueles con ellos de forma injusta, pues podían ser castigados. Además, los esclavos eran valiosos activos de la sociedad, puesto que muchos eran profesores, economistas e incluso médicos.



Interior de la Curia Julia, lugar de reunión del Senado en el Foro

La ciudadanía romana era el bien intangible más ansiado de la época. Era un derecho obtenido por nacimiento, pero también podía ser concedido en cualquier momento de la vida y a cualquier persona, ya fueras negro u oriental, hombre o mujer. Ser ciudadano de Roma te otorgaba una serie de privilegios y, sin embargo, una serie de obligaciones. La principal era la de prestar servicio militar y, dependiendo del estatus económico de cada uno, podían optar a mayor o menor rango dentro de la milicia. El mayor privilegio que aportaba ser ciudadano romano era la posibilidad de participar en la vida política romana, ya fuera de forma activa o pasiva. De forma pasiva podían asistir a unas asambleas de carácter público sobre la política del Estado. Denominadas *Comitia*, mientras que, de forma activa, poseían el derecho de elegir o ser elegidos para

un cargo público. Esta aspiración se denominó *Cursus Honorum*, una carrera política a la que solo optaban ciudadanos con los bolsillos llenos. De ellos dependía el buen desarrollo y la gestión de las celebraciones religiosas (Cabreró, 2006: 53-56).

Por otra parte, y sin entrar en grandes detalles, debemos saber que una parte importantísima de la vida en la ciudad de Roma quedó marcada por la instauración de un calendario, que tras numerosos cambios se ha convertido en el Gregoriano que hoy conocemos y utilizamos en la cultura occidental. En cuanto a la organización del tiempo de ese calendario, Cabreró (2006: 100) nos proporciona, entre otros, dos tipos de días: “*días fastos*, aquellos que eran adecuados para desarrollar todo tipo de actividades públicas, tanto de tipo comercial y económico como político y judicial; *días nefastos*, en los que las actividades anteriores quedaban vetadas, y normalmente eran aniversario de sucesos tristes o desgraciados”. Por tanto, debían tenerse en cuenta a la hora de establecer los días dedicados a los festejos religiosos.

La religión romana fundamentalmente se manifestaba en: la creencia en la existencia de un completo panteón divino, en el culto a los antepasados y, por último, en la creencia de que existía una energía o poder invisible, que ellos denominaban como *penates* y que protegía al ciudadano de los males. Los rituales más comunes resultaban un tanto arcaicos y primitivos ya que podían incluir el sacrificio humano, denominado *devotio*, término que después se generalizó para cualquier otro tipo de ofrenda a la divinidad. Además de ello, la invitación de paz a dioses enemigos, denominado *evocatio*, solía ser el segundo rito más común en los siglos anteriores al comienzo de nuestra era.

Originalmente estuvo influenciada por la etrusca y la griega. De la primera tomaron las características y nomenclatura de dioses como Júpiter, Juno y Minerva, - cuyos nombres etruscos fueron Tinia, dios de los cielos, Uni, su esposa y Menrva, la hija de ambos- componentes todos ellos de la Tríada Capitolina, que tan importante fue en el culto romano. Además, del culto funerario etrusco, incorporaron las luchas de gladiadores. De la segunda lo tomaron prácticamente todo, Roma debe su cultura a los griegos.

Los romanos debían celebrar una serie de ceremonias y festejos que consolidaran el éxito de los actos religiosos. Uno de ellos, el culto, podía realizarse de forma doméstica, o bien en templos o santuarios, de forma pública. Otros ritos fueron la

toma de auspicios, practicada por *augures*; la oración, para pedir el favor de los dioses; y los sacrificios, ya fueran de animales o humanos, bastante menos frecuentes estos últimos, junto a las ofrendas de alimentos.

Sin duda el culto funerario era el más importante de la religión romana. Comenzaba con el *Silicernium*, una comida en la que se daba por hecho que el difunto estaba presente, tratándosele con el máximo respeto. De hecho, tal era la creencia de que los difuntos continuaban en el mundo de los vivos que, por ese motivo, se construía en su tumba un *Triclinium* donde se le depositaban sus objetos de mayor valor en vida. Del culto funerario surgieron dos festejos: las *Parentalia* y las *Lemuria*, celebradas en febrero y mayo, respectivamente, cuyo objetivo era apaciguar la ira de los difuntos. Por otro lado, los *Ludi Maximi* y *Ludi Plebei*, tuvieron un papel importante en los cultos funerarios y en la religión en general. En ellos se celebraban todo tipo de juegos, incluidas las luchas de gladiadores, de origen etrusco, aunque con el tiempo éstas fueron perdiendo progresivamente su carácter sagrado hasta convertirse en el espectáculo que hoy conocemos. Debido a las grandes diferencias sociales que ya hemos comentado, el lugar de descanso de un patricio y un plebeyo no era el mismo. La familia de un patricio podía permitirse pagar para el difunto un gran sepulcro y un mausoleo, mientras que la familia de un plebeyo debía conformarse con ponerle una estela con su nombre. Sin embargo, en cuanto a la ejecución de la ceremonia funeraria no había gran diferencia entre clases sociales.

A causa de la crisis por la que pasó la religión estatal en la Roma tardo republicana tras la llegada de nuevas religiones orientales, la práctica religiosa se volvió una rutina, perdiendo su carácter sagrado y obligatorio. La gente ya no creía en la efectividad de las ceremonias y muchos pasaron a interesarse por los cultos orientales que habían llegado a Roma con las legiones, mientras que la alta sociedad había tomado la antigua filosofía griega como un sustitutivo de la religión. La llegada de Augusto al poder supuso la restauración de las creencias y la vuelta al culto tradicional. Con él comenzó también la divinización de su persona y el culto imperial; y aunque no quiso ser tratado como un dios, tras su muerte le consideraron como tal (Cabreró, 2006: 135-142).

Retomando las cuestiones sobre el calendario, el mes de enero fue introducido tras la reforma de Numa Pompilio –sucesor de Rómulo como rey de Roma-; sin

embargo, el primer mes del año siguió siendo marzo durante algún tiempo. Enero estaba dedicado al dios Jano, que simbolizaba el principio y el fin de las cosas, lo cual ayudó a que más tarde fuera el que abriese el nuevo año. Una de las festividades más importantes del mes, que se celebraban en los primeros días, eran los *Ludi Compitales*, que honraban a los dioses protectores del hogar, llamados *lares*. En ellos cada familia debía enviar a un esclavo a un altar a colocar un muñeco de lana por cada miembro de dicha familia, y una bola sencilla de lana por cada esclavo, para que los dioses respetaran la vida de todos.

Tras la reforma de Numa Pompilio y mientras marzo seguía siendo el primer mes del año, febrero ocupaba el último lugar. Estaba dedicado a Februo, dios de los muertos, por lo tanto, era el mes de los sacrificios y las ofrendas a los difuntos en afán de purificación, pues, *februare* era el término que se utilizaba para referirse a ello, -entre los que destacaba una de las prácticas sacerdotales, la de golpear con una vara a la gente para purificarlos-.

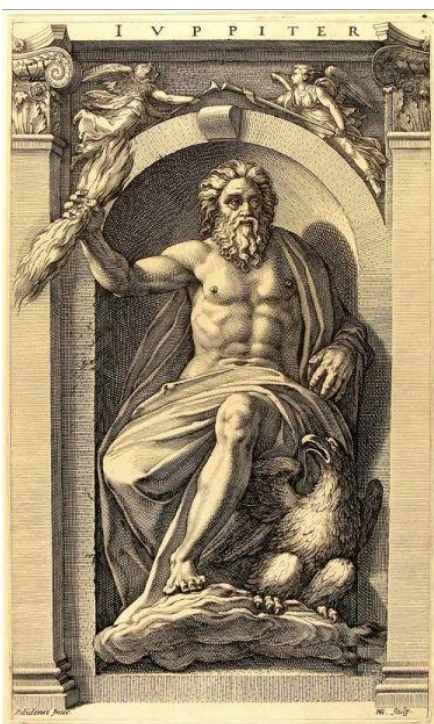
Marzo, primer mes del año mientras estuvo vigente el calendario de Rómulo, pasó a ser el tercero definitivamente con la reforma de César. Era uno de los meses con mejor climatología del año, el inicio de la primavera, cuando los caminos se despejaban, y, por ello, cuando los romanos iniciaban nuevas campañas militares. Por ese motivo este mes se dedicó a Marte, el dios de la guerra.

Abril –que etimológicamente significa abrir o apertura- estuvo marcado por el florecimiento de la primavera y el resurgimiento de la naturaleza, así que se asignó a la protección de la diosa Venus. Fue un mes repleto de festividades, aunque todos lo fueron, como los *Ludi Megalenses*, que ofrecían representaciones teatrales y carreras de caballos en el Circo Máximo, o los *Ludi Floraei* celebrados a final de mes y en honor a la diosa Flora, con motivo del resurgimiento de la naturaleza de la que hablamos. En ellos se ofrecían representaciones teatrales, carreras de caballos, e incluso combates de gladiadores.

Mayo era el mes de Apolo. A pesar de ello el día 15 se dedicaría al dios Mercurio, protector de los mercaderes, quienes en esa jornada marchaban en procesión hacia una fuente dedicada al dios con un ramo de laurel que mojaban en ella para luego empapar sus cabezas, mientras recitaban oraciones invocándole para que protegiera sus negocios.

Todo lo contrario al mes de mayo era el de junio, dedicado a la diosa Juno. Fue el más propicio para celebrar matrimonios y otros festejos. Uno de los más importantes se celebraba en su última semana, los *Ludi Taurei Quinquennales*, que tenían lugar cada cinco años en el Circo Flaminio en honor a los dioses del inframundo, implorando que la enfermedad se alejara de las mujeres embarazadas.

En cuanto al mes de julio, no estaba bajo la protección de ninguna divinidad, hasta que se decidió dedicarlo a Julio César. En él se celebraban los *Ludi Apollinares* para pedir Apolo que protegiera a los romanos de los cartagineses, para lo que sacrificaban, siguiendo un ritual griego llamado *Suovetauricia*, un buey, una vaca y dos ovejas. Por otra parte, en este mes se le pedía al dios Marte que purificara y bendijera la tierra.



Júpiter acompañado de sus atributos más característicos: el rayo y el águila

Agosto estaba encomendado a la diosa Ceres, hasta que más tarde se consagrara al emperador Augusto. Por otro lado, septiembre –de séptimo- era un mes enteramente dedicado al culto a Júpiter. El propio Augusto conmemoraba el 1 de septiembre de cada año la dedicación de un templo a Júpiter por haberle salvado de un rayo que le cayó cerca. Tres días después se celebraban los *Ludi Magni* o *Ludi Romani*, los juegos más importantes y más costosos de Roma, que tenían lugar en el Circo Máximo. Partiendo desde el Capitolio y pasando por el Foro hasta llegar al circo, se producía un desfile previo a los espectáculos, formado por los participantes en sus cuadrigas y caballos, a los que seguían atletas y bailarines. Tras un sacrificio daban comienzo los

juegos. A mediados de septiembre se celebraba un banquete en el que se comían los animales sacrificados en conmemoración al aniversario del templo de Júpiter Óptimo Máximo, situado en el Capitolio.

Las campañas militares que habían empezado en marzo, tenían su final en el mes de octubre – de octavo-. También suponía el final de las cosechas debido a la cercana llegada del invierno. En noviembre –de noveno- la única festividad destacada eran los

Ludi Plebei, muy parecidos en su estructura a los *Ludi Romani*. Segura y Cuenca (2008: 92) sugieren que estos juegos fueron instituidos por los plebeyos para celebrar la paz entre ellos y el Senado, pero debido a su antigüedad hasta los propios romanos desconocían su origen. Por último, en diciembre –de décimo- sería cuando se sembrase de nuevo la tierra para recoger la cosecha en primavera. Este último mes del año estaba dedicado a Saturno, dios de la agricultura, celebrando la conclusión de la siembra invernal. En él tenía lugar la *Saturnalia*, que duraba cinco días. Probablemente eran los festejos más importantes, pues celebraban el 25 de diciembre el nacimiento del Sol invictus, el solsticio de invierno, fecha de la que más tarde se apropiaría el cristianismo para marcar el nacimiento de Jesús de Nazaret. En la primera de ellas se hacía un sacrificio en honor a la divinidad, seguido de un banquete. Diciembre también estaba dedicado a Vesta, la diosa del fuego del hogar, para que protegiera del frío invernal a las familias (Cabrerero, 2006: 144-167).

Como hemos podido ver, el calendario romano estaba lleno de celebraciones que en muchos casos eran de obligado cumplimiento para los habitantes de cualquiera de las grandes ciudades del Imperio. Nadie se escapaba de participar en la vida pública de la urbe y, por tanto, de verse inmerso en alguno de estos eventos, ya fuera estrictamente religioso, deportivo, lúdico o cívico. Así, la vida de un romano, estaba condicionada por multitud de festejos públicos o privados que el transcurrir de los fastos religiosos le imponía, siendo los juegos –*ludi*- uno de los espectáculos a los que estaban habituados.

3. LOS JUEGOS EN ROMA: ENTRE EL OCIO Y LA POLÍTICA

Auguet (1972: 197-200) nos habla de que en un principio los espectáculos que se celebraban en la ciudad de Roma tenían un trasfondo religioso, así pues, el Consulado no se veía obligado a justificar la organización de éstos. Poco a poco estos eventos se fueron transformando hasta abandonar el carácter religioso, creciendo sus valores políticos. Durante el Imperio los juegos supusieron un instrumento de dominio fundamental que Juvenal sintetizó en la famosa expresión *Panem et Circenses*, que viene a traducirse literalmente como “pan y circo”, pero su significado es mucho mayor, pues se refiere al hecho de que dirigentes y organizadores de los juegos debían proporcionar al pueblo lo que querían para que así ellos tuvieran más libertad de actuación a nivel estatal. Durante el Imperio sirvieron para mantener al pueblo distraído

evitando que se produjeran revueltas, pues cuanto más disfrutara la plebe menos riesgo corrían.

Así pues, los emperadores no pudieron bajar el ritmo en lo que a número de eventos organizados se refería, convirtiéndose éstos en un derecho del ciudadano y una obligación para el Estado. Si un emperador quería gozar de gran popularidad, no sólo debía organizar numerosos juegos, sino que además debía asistir a ellos y demostrar la misma pasión que las masas.

Marco Cornelio Frontón –amigo y maestro de Marco Aurelio- destacó siempre la actitud de Trajano en los juegos, pues siempre estaba atento a lo que pasaba en la arena o el circo, mientras que otros emperadores dedicaban ese tiempo a resolver otros asuntos. La cita, recogida por Auguet (1972: 200), dice lo siguiente:

La excelencia de un gobierno no se revela menos en la preocupación por los pasatiempos que en la que se tiene por las cosas más serias, pues si bien es cierto que es mucho más perjudicial la negligencia en este último caso, el perjuicio es mucho más grave cuando los pasatiempos son desatendidos; pues el pueblo es menos ávido de larguezas en dinero que en espectáculos; y, finalmente, las distribuciones de víveres y de trigo bastan para contener a la gente a título individual, pero el espectáculo es necesario para el contento del pueblo en masa.

Así pues, el privilegio que constituía para los habitantes de Roma el sentarse cada día en el anfiteatro o el circo a ver un espectáculo, tenía más valor que el de asegurar los alimentos. La organización de éstos suponía unos costes que, si los aplicamos a la compra de alimentos, podrían haber asegurado un gran nivel de vida a los ciudadanos; pero muchos no querían eso, preferían disfrutar de lo que consideraban un derecho innegociable.

Los recintos de los juegos se acabaron convirtiendo en una especie de espacio asambleario donde el pueblo manifestaba al Emperador vigente sus peticiones, que normalmente eran la de bajar los impuestos o suprimir alguna ley, aunque también podían quejarse de aspectos de los juegos que no fueran de su agrado.

Aun con los numerosos juegos que se organizaban casi a diario en la ciudad de Roma, los habitantes contaban con mucho tiempo para emplear, como veremos, en otras actividades lúdicas que completaban la vida ociosa del ciudadano.

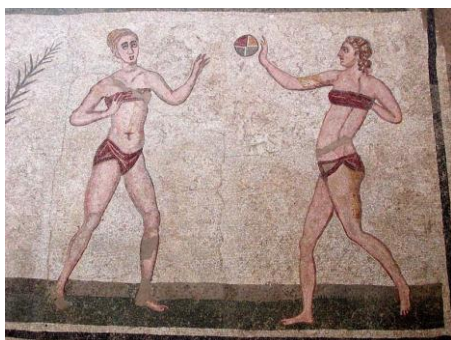
3.1. Actividades lúdicas: el tiempo de ocio

Segura y Cuenca (2008: 80-84) nos cuentan que mientras que las niñas se entretenían jugando con muñecas articuladas hechas de arcilla, hueso o marfil, de las cuales algunas fueron encontradas en sus tumbas, los niños dedicaban su tiempo a imitar los oficios y actividades de los adultos, imaginando que participaban en una batalla o en un espectáculo, o que eran magistrados y senadores. No obstante, también participaban en juegos que han llegado hasta hoy: las canicas, el escondite, la gallina ciega, pares o nones, cara o cruz, etc.



Niños y niñas participando en distintos tipos de juegos

Nos cuentan también que los no tan jóvenes, pero tampoco en edad adulta, entre los doce y dieciséis años, dedicaban su tiempo de ocio exclusivamente a practicar todo tipo de deportes. Las termas, el Campo de Marte y el río Tíber eran los lugares favoritos para practicarlos, pues allí podían correr y nadar. Los deportes más populares fueron: las carreras de relevos, el lanzamiento de disco o jabalina y las luchas o pugilatos, el actual boxeo. Entre todos ellos había uno que gustaba a todo el mundo y que era famoso entre todas las edades, el juego de la pelota (*sphaeromachia*), heredado de Grecia y muy parecido al actual rugby, pues requería de gran habilidad. En las termas hasta había un lugar dedicado exclusivamente para ello.



Mujeres practicando la *sphaeromachia*. Villa del Casale, Sicilia

Los juegos de azar, principalmente los dados, ocupaban parte del tiempo libre de los ciudadanos, aunque se consideraron peligrosos puesto que se apostaba dinero, contrayéndose deudas, así que el Estado eximió de éstas a jóvenes dependientes de su familia y a esclavos que se veían obligados a jugar por sus amos para que obtuvieran beneficios con intermediarios.



Mosaico con jugadores de cartas en la vía de Mercurio, Pompeya

Otros pasatiempos que ocupaban la vida del ciudadano eran la caza y la pesca; tanto que una de ellas derivó en uno de los grandes espectáculos públicos, las *venationes*. Éstas consistían en perseguir al animal hasta darle caza. Solían abatirse jabalíes, liebres, lobos u osos, y se utilizaban perros de caza y todo tipo de armas. En ocasiones los cazadores portaban un escudo para protegerse de los ataques de las fieras, e incluso iban a caballo. El *auspicium* era la caza de aves, que se llevaba a cabo colocando trampas en lugares estratégicos donde éstas solían posarse, atrayéndolas con un reclamo o canto que imita el sonido que emiten (Cabreró, 2006: 115-117).



Mosaico de una escena de caza

3.2. Los juegos públicos

Había dos tipos de juegos públicos en la Roma Antigua: los *ludi scaénici* y los *ludi circenses*. Los primeros se limitaban a representaciones teatrales, mientras que los segundos trataban de carreras de carros y caballos, además de luchas. Los primeros son más antiguos en varios siglos, pues se remontan a Grecia.

En un principio, el atletismo y la gimnasia tenían la única función de preparar físicamente a los jóvenes para librar batallas. Más tarde estas disciplinas pasaron a formar parte de los *ludi*, aunque en éstos solo participasen libertos, extranjeros y esclavos.

Los juegos públicos se practicaban al aire libre, normalmente durante todo el año, excepto en invierno, y cualquiera podía presenciarlos. Podían ser organizados por un estamento de la ciudad para celebrar un acontecimiento importante, o bien por ciudadanos particulares, normalmente en memoria de algún fallecido. Se dice que los organizadores eran los que financiaban los eventos, pero realmente eran los *ediles* los que se encargaban de controlarlo todo.

En la etapa final de la República y lo largo de toda la época imperial, la organización de juegos iba a aumentar considerablemente, también la corrupción y degeneración de aquello que había surgido como parte de un ritual religioso. Se hacían para venerar a dioses, emperadores y difuntos. Los recintos donde se celebraban los juegos eran el único lugar de queja de los ciudadanos, que no podían como antaño participar en decisiones políticas y su única esperanza era manifestar en masa su malestar a los mandatarios que, a cambio, compraban la sumisión del pueblo con espectáculos gratuitos y regalos en forma de dinero y comida (Segura et al, 2008: 86-91).

3.2.1. Los *munera gladiatoria*

Podemos afirmar con seguridad que los espectáculos de gladiadores fueron un producto típicamente romano, muy alejado de cualquiera de los préstamos que tomaron del mundo helenístico. De hecho, sin duda, fue el espectáculo romano más

característico. Se cree que tuvieron su origen en Etruria, pero no hay documentación que con seguridad lo demuestre.

En Campania en el año 308 a.C., durante la Segunda Guerra Samnita (327-304 a.C.), los romanos vencieron a éstos en una importante batalla, recogieron las armas de los caídos como trofeo de guerra y, según Tito Livio –historiador-: “los de Campania, por desprecio y odio a los samnitas, los hicieron gladiadores para que actuaran en sus banquetes y llevaran las armas” (*Ad urba condita libri 9.40.7*, en Nossov, 2011: 12), por lo que se denominó de esta manera a los combatientes más antiguos. Tenemos aquí en Campania el origen de los espectáculos de gladiadores, donde además se erigieron los primeros anfiteatros de piedra y las primeras escuelas. Desde esta región del sur de la península italiana se iban a extender a Roma, donde su primera aparición fue en funerales privados en el año 264 a.C.

En concreto fue en los juegos fúnebres que organizaron ese año Marco y Decio, hijos de Junio Bruto Pera, en honor a su padre fallecido. Por lo tanto las luchas estaban relacionadas con el culto a los muertos y tenían un trasfondo religioso. Marco y Decio hicieron enfrentar a tres parejas de hombres. Se trataba de un sacrificio humano, de esclavos y/o prisioneros, algo que ya se hacía en Grecia, pero ellos decidieron que no fuera una ejecución, sino que se matarían entre ellos y que ese derramamiento de sangre honraría la memoria de su padre. El combate se celebró varios días después de su muerte, en el mercado de bueyes del Foro romano, también conocido como el Foro Boario, donde a partir de ese momento se iban a celebrar todos los eventos de este tipo. Estas luchas recibían el nombre de *bustuarii*, por el hecho de que acontecían cuando el cadáver era colocado sobre la pira o *bustum*.



Bustuarii. Sepulcro de Paestum. S. IV a.C.

En los años posteriores se siguieron celebrando estos juegos fúnebres, teniendo lugar nueve días después del funeral. El fallecido solía dejar instrucciones, si tenía la oportunidad, de cómo quería que se llevara a cabo éste. Las luchas de gladiadores empezaron a llamarse *munus*, que significaba regalo en latín, y que suponía una obligación para los herederos.

Los espectáculos de gladiadores se harían cada vez más frecuentes en sesiones privadas y de carácter funerario; pero durante los siglos III y II a.C. acabarían de separarse por completo del ámbito religioso para convertirse en un espectáculo relacionado con el ámbito político. De este modo, terminaron por ser oficialmente incluidos en los juegos públicos en el año 105 a.C., aunque fue en el 44 a.C. cuando por primera vez el Estado, y no un particular, financiase unos juegos con motivo de la muerte de Julio César.

Aun así, la lucha de gladiadores se mantuvo durante mucho tiempo impregnada de ese carácter funerario debido a que emperadores y otros notables romanos organizaban ceremonias en honor a sus difuntos, como hizo Augusto en el 18 a.C. en honor a Agripa, o el mismo Julio César en el 54 a.C. para su hija Julia -el primer combate celebrado en honor a un descendiente directo-. No será hasta Domiciano, cuando se suprima el carácter privado de las luchas.

Casi todos los emperadores romanos quisieron monopolizar los espectáculos debido al gran refuerzo político que significaban, ya que eran el escenario perfecto de propaganda política por su extendida popularidad. Algunos, como Augusto, que gobernó desde el 27 a.C. hasta el 14 d.C., presumían de haber organizado numerosos combates y los más magníficos, lo cual era cierto. Sobre ello se explaya en un documento testamentario denominado *Res Gestae*, citado por Nossov (2011: 17), donde testifica:

Tres veces he dado espectáculo de gladiadores bajo mi nombre y cinco veces bajo el nombre de mis hijos y nietos; en estos espectáculos lucharon alrededor de 10.000 hombres. Dos veces organicé bajo mi nombre espectáculos de atletas traídos de todas partes, y tres veces bajo el nombre de mi nieto. Celebré juegos bajo mi nombre cuatro veces, y aún más en el lugar de otros magistrados durante 23 veces [...]. Veintiséis veces, bajo mi nombre o el de mis hijos y nietos, di al pueblo cacerías de bestias africanas en el circo, al aire libre o en el anfiteatro; en ellos se mataron alrededor de 3.500 bestias.

Entre otros, Tiberio (14-37) no fue partidario de los combates de gladiadores, pero las pocas veces que organizaba unos juegos éstos eran espléndidos. Calígula (37-41) destacó por ser el más sanguinario y cruel de los emperadores, pues hacía de sus juegos una auténtica matanza, tanto de culpables como de inocentes. Claudio (41-54) organizaba juegos muy a menudo y con el paso del tiempo se volvió casi tan sádico como Calígula, pues tenía la peculiaridad de que le gustaba ver los rostros de los condenados justo antes de morir. Nerón (54-58) y Domiciano (81-96) gustaban de celebrar combates a pequeña escala, ya que en los grandes eventos participaban más prisioneros y esclavos condenados que gladiadores profesionales. Trajano (98-117) llevó a la arena a 25.000 gladiadores en 26 años, no hubo espectáculo de mayores dimensiones que los que organizó en el año 107, pero tras su muerte los juegos comenzaron a decaer. Marco Aurelio (161-180) estaba en contra de los combates de gladiadores, así que limitó el presupuesto para la organización de estos eventos, e incluso llamó a gladiadores a cumplir con el servicio militar, lo cual no gustó nada al pueblo llano.

Otros emperadores presumían directamente de haber participado en ellos, como Comodo (180-192), de quien Herodiano –funcionario del gobierno romano-, en su libro *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, nos cuenta la verdadera historia de su muerte, pues en ocasiones se dice que murió en la arena a manos de un gladiador, como ocurrió en la película *Gladiator* (2000), aunque en realidad fuese estrangulado en su habitación después de que intentaran envenenarle. Se dice de Comodo –sucesor de Marco Aurelio- que era despiadado, amaba como nadie las luchas de gladiadores y disfrutaba matando hombres y animales con sus propias manos, pues además era increíblemente fuerte. En sus numerosas peleas luchó la mayoría como un *secutor*, un tipo de gladiador que veremos más adelante, igual que al *retiarius*, el oponente predilecto que más le gustaba matar. Su pasión era tal que en un momento dado decidió abandonar su residencia e irse a vivir con los gladiadores. Así se forjó la reputación y el nombre de el “Emperador gladiador”.

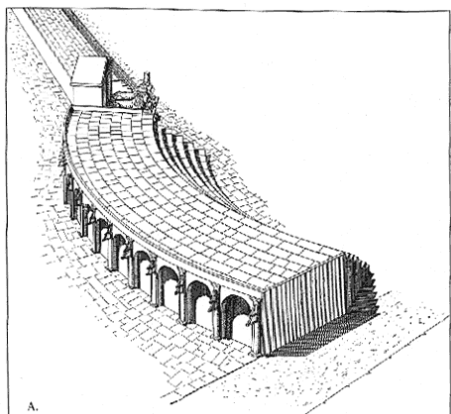


Comodo representado como Hércules

Séneca en *Epístolas morales a Lucilio* 7.3-5, describe así una de las matanzas a las que asistió:

Por casualidad acudí a un espectáculo al mediodía esperando encontrar un poco de diversión, ingenio y relajación (un espectáculo en el que los ojos del hombre pudieran aliviarse de la carnicería de sus semejantes). Sin embargo, fue al contrario. Los combates anteriores eran la esencia de la compasión, pero ahora se deja de lado todo lo nimio y todo es pura matanza. Los hombres no tienen armas de defensa. Están expuestos a los golpes por todas partes y nadie golpea en vano. Muchas personas prefieren este programa a las parejas normales y a la lucha “a petición”. Por supuesto que lo prefieren; no hay casco ni escudo para desviar el arma. ¿Para qué hacen falta las protecciones defensivas o siquiera la habilidad? Todo esto supone retrasar la muerte. Por la mañana echan hombres a los leones y los osos; por la tarde los echan a los espectadores. Éstos demandan que el asesino se encare con el hombre que lo va a asesinar a su vez; y siempre reservan al último gladiador para otra carnicería. El resultado de toda lucha es la muerte, y los medios son el fuego y la espada. Esto se produce cuando la arena está vacía.

Los combates tenían lugar en el *Comitio* del Foro romano debido a que hasta mediados del siglo I a.C. no existían ni anfiteatros ni ningún otro edificio permanente para espectáculos. Este espacio quedaba delimitado por el templo de Vesta y el de la Concordia, situándose entre las tiendas del mercado. Los primeros combates se caracterizaron por ser primitivos y brutales, ya que carecían de preparativos previos. Sin embargo, los espectadores los presenciaban sabiendo que se trataba de una ceremonia de carácter sagrado. Por otra parte, las mujeres tenían prohibido asistir a estos eventos.



El *Comitio* (del Foro Romano)

La *Guida archeologica di Roma* nos ofrece una breve descripción del espacio: “In occasione dei giochi, venivano predisposte, attorno all’á piazza centrale, delle tribune provvisorie; si attivava poi il sistema di gallerie sotterranee che permettevano con montacarichi di alzare al livello dell’arena armi, macchinari e tutto ciò che serviva allo svolgimento dei combattimenti.” (Giustozzi et al., 2009: 26)¹.

Más tarde se colocaron los primeros asientos para los espectadores, pero éstos estaban situados a muy poca distancia del combate, lo cual impregnaba la acción de violencia y emoción. Dicho combate se producía por parejas, todos pertrechados por igual: con un escudo alargado y de forma rectangular, una espada recta, casco y grebas. A pesar de que con los años iban aumentando el número de parejas participantes, hasta llegar a 60, los juegos se siguieron celebrando de forma excepcional. Tras el combate, en la misma plaza del Foro, donde tenían lugar los *comitia* o asambleas, se celebraba un banquete.

Normalmente era una persona la encargada de organizar este tipo de eventos, pero no era una tarea fácil debido a las *leges gladiatoriaes*, unas leyes muy severas, lo que dificultaba organizar numerosos eventos en poco tiempo. Además, la organización del espectáculo suponía un gran gasto y el organizador tenía que pedir ayuda a los *lanistae*, que eran aquellos encargados de comerciar con los luchadores y entrenarlos, ya que éstos podían ser comprados o alquilados para combatir. Eran mercancía antes que personas.

Es bien sabido que la ciudad de Roma y sus ciudadanos vivían llenos de pensamientos supersticiosos, entre los cuales el que causaba mayor temor era el retorno de los muertos al mundo de los vivos. Por este motivo se realizaban estos sacrificios, y luego combates, como tributo para los espíritus. Este hecho forma parte importante de la religiosidad romana, por eso se preparaban estos ritos y celebraciones minuciosamente. Creían que si un muerto no era despedido de forma pertinente vagaba por el mundo de los vivos como una sombra sin rostro, pero con una fuerte presencia. La sangre era el medio por el cual el difunto adquiría una especie de “divinización” que le permitía estar vivo tras la muerte (Auguet, 1972: 17-21).

¹ “En ocasión de los juegos, se disponían alrededor de la plaza central las tribunas provisionales; se activaba después el sistema de galerías subterráneas que permitían con un montacargas alzar al nivel de la arena armas, maquinaria y todo aquello que sirviera al desarrollo de los combates.”

Los espectáculos de gladiadores causaron tal furor que, a pesar de que los luchadores se reclutaban entre esclavos o prisioneros de guerra, muchos hombres libres decidieron dedicarse a la profesión. Tenían el aliciente de que éstos gozaban de gran popularidad e incluso triunfaban entre las mujeres. No obstante, al convertirse los hombres libres en gladiadores estaban renunciando a sus derechos cívicos. A pesar de ello, hasta los ciudadanos de más alto estatus, como los senadores, decidían seguir adelante por avidez de fama y éxito.

Los esclavos y prisioneros estaban totalmente a merced de sus dueños. Podían ser adiestrados como gladiadores o podían ser sacrificados o ejecutados en cualquier momento, ya fuera como alimento para las bestias o bien en el mismo anfiteatro, pero sin ofrecerles la oportunidad de defenderse (Segura, 1997: 165-166).

Existían varias formas de reclutar hombres para el oficio. Una de ellas fue escogiendo a criminales condenados, normalmente a la crucifixión o a trabajar en la mina. Sin embargo, los magistrados provinciales y organizadores de los juegos pedían el favor a los jueces de eliminar la sentencia para que algunos de ellos fueran juzgados en la arena. No obstante, sería el propio juez quien decidiese el destino de cada uno de ellos. La peor condena, sin posibilidad de salvación, era la *damnatio ad bestias*, puesto que el criminal sería condenado a morir descuartizado por bestias suficientemente feroces e incapaces de sufrir daños por parte del condenado. La *damnatio ad gladium* significaba morir por la espada, pero se le ofrecía otra para que se defendiera, y si conseguiese salvarse, sería condenado a servir como gladiador, pero con la condición de que debía morir en un máximo de 2 años. Otra condena podía ser la *damnatio ad ludos*, donde se le permitía participar en los juegos, pero esta opción sí le daría la posibilidad de convertirse en gladiador y vivir para contarlo.

Otra forma de reclutamiento de lo más fructífera era la adquisición de prisioneros de guerra, que solían ser numerosos y estaban ya entrenados con el manejo de la espada. Por otro lado, aquellos esclavos a los que no se les daba bien servir y además mostraban una actitud violenta, eran vendidos para convertirse en gladiadores.

Del mismo modo, personas que eran libres, pero que acumulaban muchas deudas, se veían obligadas a vender todos sus bienes, incluyéndose a sí mismos. Algunos recaudadores de deudas enviaban a gladiadores para dar palizas a los morosos

con la intención de que aceleraran los procesos de pago, mientras que otras personas se ahorran el aviso y se vendían a sí mismos para participar en los juegos.

Los *auctorati* fueron aquellos que, sin motivo alguno y por propia voluntad, decidían consagrar su vida a la arena. Normalmente el grupo lo constituían jóvenes de familias acomodadas atraídos por el mundo de los gladiadores y cuyo objetivo podía ser *quaestus causa* o *virtus causa*, es decir, el dinero o el virtuosismo. Éste último estaba mejor visto socialmente, puesto que aquel que lo hacía por dinero era declarado *infamis*, por lo que muchos se arrepentían de haber tomado un camino en el cual ya no había marcha atrás. Por otro lado, hubo mujeres jóvenes que también sintieron atracción por las luchas, pero se las convencía por todos los medios de abandonar la idea, puesto que suponía una actividad aún más deshonrosa para las damas el exponerse así ante el público. Aun así, los *editores* siempre buscaban novedades que ofrecer al público, así que si eras una mujer con grandes habilidades marciales no serías rechazada en la arena, al igual que si eras una persona con rasgos físicos distintivos, como podían ser los *nanus* o enanos.

Otros hombres, jóvenes y fuertes, provenientes del campo y con ansias de ganarse la vida en la ciudad de Roma, eligieron entre ingresar en burdeles o en la escuela de gladiadores. Incluso algunos soldados ya retirados y cuya vida no tenían sentido si no había espadas de por medio, decidieron unirse al gremio (Matyszak, 2012: 9-14).

El lanista era quien se encargaba de juntar y organizar a un grupo de gladiadores, de entrenarles y de llevarles directamente al espectáculo. Ser lanista no estaba bien visto en general, pero se obtenían muchos beneficios económicos, pues alquilaba o vendía a sus gladiadores, los cuales había logrado como esclavos por unos pocos sestercios. Y por si esto fuera poco, los lanistas recibían una indemnización por cada uno de sus gladiadores caídos en combate. Matyszak (2012: 123) nos cuenta que por un gladiador de primera clase muerto en combate su lanista podía recibir hasta 15.000 sestercios, que es lo que ganaría en toda su vida un operario semicualificado, mientras que por un gladiador de peor clase podía recibir hasta 3.000 sestercios. Además, el lanista podía llegar a un acuerdo con el organizador de un evento privado para llevarse una ganancia considerable de la entrada de éste.

El emperador Domiciano fue el responsable de la construcción de las cuatro grandes escuelas imperiales. El Ludus Magnus fue la más importante de todas, encontrándose cerca del Coliseo; aunque la más famosa sería la escuela privada de Capua, por el hecho de que allí comenzase la leyenda de Espartaco.

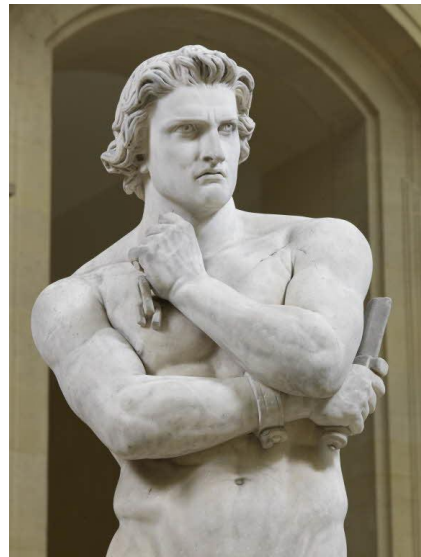
Matyszak (2012: 132-134) nos hace una breve reseña de los *ludi* imperiales. El *Ludus Matutinus* estaba situado cerca del Coliseo, siendo una escuela que se encargaba de entrenar gladiadores, pero con la distinción de que éstos no se enfrentaban a otros luchadores, sino a bestias, actuando exclusivamente en los espectáculos matutinos. El *Ludus Dacius* se especializaba en el entrenamiento de tracios y estaba situado en el monte Oppio. El *Ludus Gallicus* fue la más pequeña de las escuelas imperiales y se ocupaba de entrenar a guerreros galos como gladiadores de tipo *murmillo*. Este *ludus* y el anterior tenían una gran rivalidad, pues solían enfrentarse entre sí muy a menudo. Por último, el citado *Ludus Magnus* fue el mayor de todos, constando de un gran patio central rodeado de edificios dispuestos para almacenaje y residencias de gladiadores. La arena de entrenamiento era lo suficientemente grande para que pudieran entrenar jinetes y carros, incluso se organizaban allí mismo pequeños espectáculos, pues tenía un aforo de unos 3.000 espectadores.



Ruinas del Ludus Magnus

En estas escuelas de gladiadores éstos eran llevados al límite de sus fuerzas, y se castigaba severamente la desobediencia o la indisciplina pues debían prestar juramento a la escuela y a su lanista, que rezaba de la siguiente manera: “Uri, vinciri, verberari, fernoque necari” (ser quemado, atado, golpeado y muerto a hierro), es decir, juraban luchar hasta morir.

Aun bajo este juramento, los gladiadores no dejaban de ser esclavos, por lo que siempre existía el riesgo de que se amotinaran, lo cual obligaba a tomar precauciones y, en cualquier caso, medidas drásticas para acabar con la rebelión. Espartaco encabezó la mayor de éstas en el año 73 a.C., formando un motín en la escuela de Lentulo Batiato y huyendo de Capua desafiando a las legiones romanas, ya que muchos se unieron a su causa hasta que consiguió formar un ejército. Serían derrotados por el cónsul Marco Craso, mientras que finalmente Pompeyo se encargaría de aniquilar la rebelión por completo. Se cree que Espartaco murió en combate, pero los supervivientes fueron crucificados hasta la muerte en las cruces que se erigieron para tal fin desde Capua hasta Roma, siguiendo la vía Appia. Este ajusticiamiento fue reservado a los sediciosos durante la República y el Imperio.



Estatua de *Spartacus* con las cadenas de la libertad

Por otra parte, en las escuelas los gladiadores recibían un cuidado excelente, ya que se esperaba de ellos un rendimiento óptimo en la arena; por lo tanto no les faltaba alimento, incluso la noche antes de un combate solían disfrutar de un buen festín como cena, puesto que podía ser su último día con vida. En la escuela había un patio central donde eran entrenados por el *doctore*, un viejo gladiador ya retirado que les enseñaba a dominar la técnica de la espada. Para dichos entrenamientos las utilizaban de madera, al principio contra postes anclados al suelo y, con el tiempo y la práctica, entre ellos mismos (Segura, 1997: 166-167).

Los magistrados eran los encargados de organizar los juegos, pero sería el Estado quien los costeara. Matyszak (2012: 122) nos da una idea de lo que costaba la organización de uno de estos espectáculos. Si se trataba de uno modesto el presupuesto solía estar por debajo de los 60.000 sestercios, pero uno de gran tamaño podía costar más de 100.000, que era casi lo que cobraba en un mes un alto cargo del Estado. Sin embargo, muchas veces el presupuesto estatal no era suficiente, siendo el propio magistrado quien debía poner dinero de su bolsillo, pues de ello dependía su popularidad y, por ende, su posición política. Los juegos constituían un derecho cívico

para los espectadores y una obligación para quienes los organizaban (Segura et al., 2008: 297).

Para anunciar los eventos se pegaban carteles en las paredes de la ciudad y también a las afueras, conteniendo toda la información necesaria: fecha, lugar, número de combates, etc. El espectáculo siempre tenía lugar en la tarde y comenzaba a una hora en punto, salvo algunos eventos de gladiadores contra bestias que tenían lugar en horario matutino.

Si las luchas sucedían por la tarde, a lo largo de la mañana eran más frecuentes las *venationes* y las ejecuciones. A veces antes de los combates había espectáculos cómicos con gladiadores falsos. La ceremonia se abría con un paseo de los participantes encabezados por el *editor*, el organizador de los combates; para a continuación comprobarse el estado de las armas, realizándose el sorteo para los emparejamientos, tras lo que entrarían en calor entrenando con las espadas de madera.



Fresco de los disturbios entre los habitantes de Pompeya y de Nuceria. Año 59 d.C. Pompeya

Tras acabar se colocaban frente a la tribuna del emperador y gritaban: “¡Ave, Caesar, morituri te salutant!”), tras lo que sonaba una trompeta que indicaría que debían prepararse para el combate.

A veces se producían disputas y altercados entre el público de la grada, como en los *ludi circenses* de Pompeya en el año 59 d.C., donde se produjo una masacre a base de pedradas y cuchilladas, por la cual se condenaron los combates en la ciudad durante diez años. Si un luchador resultaba abatido en combate hasta el punto de no poder levantarse, debía alzar tres dedos de la mano izquierda en señal de clemencia. El *editor* podía salvarle de la ejecución directamente, aunque solía dejarse en manos del público. Ellos valoraban el esfuerzo y la habilidad, alzaban la mano con el pulgar hacia arriba o

bien agitaban un pañuelo para mostrar clemencia hacia el derrotado y, en caso contrario, alzaban la mano con el pulgar hacia abajo y gritaban: “*iúgula!, iúgula!, iúgula!*” para que fuera degollado. Algunos combates eran a muerte, sin posibilidad de rendición.

A los cadáveres resultantes de los enfrentamientos se les tocaba con un hierro candente para asegurarse del fallecimiento. En caso afirmativo, unos hombres disfrazados como el barquero Caronte o bien como el dios Mercurio, sacaban los cuerpos de la arena por la puerta *Libitina*. Un dato curioso es que los gladiadores pagaban una especie de cuota mensual para que los compañeros fallecidos tuvieran un entierro y lugar dignos donde permanecer el resto de la eternidad.

Por otro lado, los ganadores recibían como recompensa una palma y daban una vuelta al recinto agitando, saludando con ésta al respetable, soliendo contar y presumir del número de palmas, de ahí la palabra “palmarés”. También podían recibir otras recompensas como una corona, dinero o regalos de gran valor. Cuando un gladiador cubría su cupo de victorias recibía el *rudis*, una espada de madera que simbolizaba su jubilación y su libertad. Sin embargo, muchos retirados decidían continuar su carrera como entrenadores en la escuela.

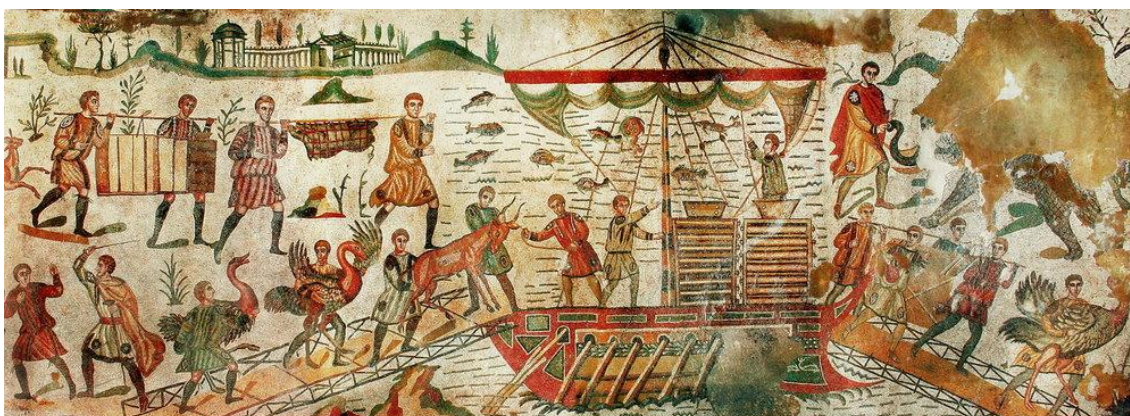
No todo el mundo era dichoso con los espectáculos de gladiadores. Algunos filósofos los rechazaban, como Séneca, a quien le parecía monstruosa la idea de sacrificar vidas humanas por diversión. Los cristianos repudiaron por completo estos espectáculos y lucharon incesantemente por censurarlos, pero no tuvieron éxito debido a la gran popularidad de estos combates. Roma y sus habitantes estaban habituados a la guerra y la sangre, y los emperadores lo sabían, así que supieron utilizarlo para mantener al pueblo entretenido y a la vez con un espíritu combativo (Segura, 1997: 167-168).

En el año 325 d.C. el emperador Constantino el Grande (306-337 d.C.) convocó el I Concilio Ecuménico de Nicea con el objetivo de dotar al cristianismo del mismo rango que al resto de las religiones del Estado, primer paso para que a finales de ese siglo, con Teodosio, se convirtiese en la religión oficial del mismo. La consecuencia fue que se censuraran los espectáculos en los que la gente era asesinada en la arena, pero la ley no se aplicó en todo el Imperio y se acabó haciendo caso omiso de la misma. Constancio II (337-361 d.C.) evitó que más personas se presentaran voluntarias para combatir en la arena, mientras que Valentiniano I (364-375 d.C.) prohibió sentenciar a

los criminales a morir en ésta. En el año 399 d.C. el emperador Honorio (395-423 d.C.) cerró las últimas escuelas de gladiadores y, tras un combate en el año 404, donde un monje cristiano llamado Telémaco murió intentando separar a los luchadores, el emperador puso punto y final a estos espectáculos para siempre, aunque pudieron seguir celebrándose de manera clandestina.

3.2.2. Otras maquias: *venationes* y *naumachias*

Las primeras *venatios* se celebraron en el circo, concretamente en el año 186 a.C., pero la inauguración del Coliseo fue definitiva para que se celebrasen siempre en el anfiteatro. Lo primero que se hizo fue una simple exhibición de animales exóticos, pero con el tiempo empezaron a darles caza para diversión del público. Triunviros como Pompeyo o César, lograron un auténtico despliegue de especies traídas de África y Asia. Los funcionarios imperiales se encargaban de organizar las batidas de caza y los animales eran transportados en jaulas (Segura et al, 2008: 322-323).



Embarque de animales africanos. Piazza Armerina, Sicilia. S. IV

Las *venationes* eran espectáculos que tenían lugar en las mañanas, en horas en las que las gentes de Roma tenían otras ocupaciones y que, por lo tanto, no tenían tanto público. Al principio estaban ligadas a los combates de gladiadores, siendo una especie de espectáculo telonero; pero tras la República, se volvieron algo excepcional y aclamado, cambiando su horario hacia el final de la tarde. Además, las *venationes* podían celebrarse en casi cualquier parte, pudiendo durar días.

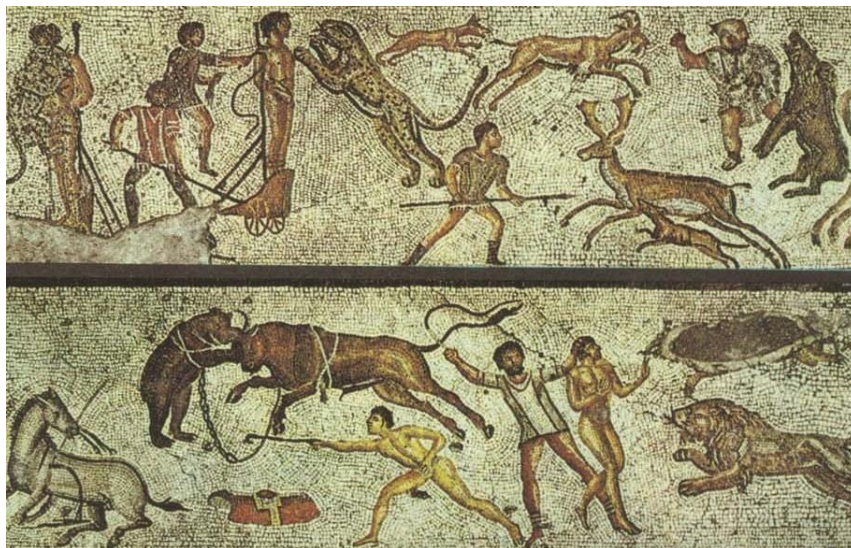
Se siguieron celebrando *venationes* por la mañana, pero eran de carácter rutinario, no consideradas como un gran espectáculo, y normalmente se llevaban a cabo en el Coliseo. En este recinto tenían adoptadas todo tipo de medidas para garantizar la seguridad del público; pero entre los postes que sujetaban el *velum*, las redes para evitar que las fieras saltasen hacia el graderío, y el muro de cuatro metros que separaba a éste de la arena, la visibilidad no era la mejor posible.

Las fieras estaban alojadas en jaulas en la parte inferior del anfiteatro, y mediante un montacargas se subían a la superficie para que salieran a la arena a través de trampillas disimuladas en el suelo. El bullicio y el entorno provocaban que los animales no quisieran salir de las jaulas, pero unos empleados (*magistri*), se encargaban de hacerles salir con haces de paja ardiendo. Cuando se cerraban los accesos y no había escapatoria, los *magistri* debían permanecer allí, pero disponían de unos refugios pegados al muro y estaban armados con látigos, con los cuales debían volver a conducir a las bestias que sobrevivieran a las jaulas.

Al principio estos espectáculos consistían básicamente en juntar a todo tipo de animales, desde jirafas hasta focas, para que pelearan entre sí hasta la muerte. Pero el pueblo, acostumbrado a ver a hombres matándose, se cansó rápido de contemplar sólo a las bestias. Así surgieron los dos principales tipos de *venationes* con hombres de por medio: en el primero se juntaban en la arena a animales feroces y a hombres bien armados para defenderse, llamados *venatores* o cazadores, que eran entrenados en el *Ludus Matutinus*. Como entrenamiento alternativo, literalmente, se ofrecía comida a las fieras en forma de personas, condenadas a muerte, que saltaban a la arena desprovistas de cualquier defensa y sin ninguna esperanza de salir vivas.

Cuando de enfrentamientos entre animales se trataba, se ensalzaba hasta la pelea más inusual, como podía ser un elefante contra un rinoceronte. Este último era de los más poderosos, no tenía rival, ya fuera un oso o un toro. Los enfrentamientos individuales podían hacerse largos, puesto que muchas de estas parejas de animales no tenían la intención de pelear desde un inicio. Los *magistri* debían alentarle a ello, provocando su furia moderadamente pinchándoles con lanzas, en ocasiones repetidas veces, puesto que un animal podía decidir no atacar continuamente. En otras ataban a dos animales con correas, uno frente al otro, para que tuvieran un contacto limitado entre ellos, pero sin que pudieran separarse demasiado, y provocaban que en su

intención de liberarse se destrozaran el uno al otro lentamente. Cuando uno de los dos animales caía, o ambos, los *confectores* se encargaban de ejecutarlos, puesto que ninguno se recuperaría de sus heridas.



Arriba izquierda un *damnatio ad bestias*. Abajo izquierda un oso y un toro enfrentándose atados el uno al otro

Ya fuera de forma individual o por parejas, se dieron toda clase de enfrentamientos entre animales, pues en Roma se habían establecido unas “casas de fieras”, que los ciudadanos podían visitar como si fuera un zoo y que albergaba todas las especies conocidas venidas de África u Oriente: cocodrilos, hipopótamos, hienas, boas, jabalíes, panteras, etc.

Los *venatores* únicamente tenían un arma como ataque y defensa, una estaca o lanza con punta de hierro llamada *venabulum*. Podían usarla básicamente de dos maneras, esperando el ataque del animal para clavársela cuando éste se abalanzara sobre ellos, o bien, haciendo un ejercicio de puntería intentado clavar la lanza a distancia al animal. No obstante, esta última técnica suponía un riesgo mayor, pues si fallaba el lanzamiento se quedaría sin su único elemento de combate tanto para atacar como para defenderse. Además, iban vestidos con una túnica sin ningún tipo de refuerzo, lo único con lo que contaban era con cueros atados en brazos y piernas; sin embargo, en alguna ocasión se vistió a los *venatores* como auténticos gladiadores, incluyendo peto de metal, casco y grebas, e incluso con una malla completa que les cubría todo el cuerpo. Pero en este caso debía luchar cuerpo a cuerpo con el animal, armado con una espada corta y a veces con un escudo, pero no contaban con el ataque a distancia.



Venatores amenazando a un tigre

Hay que diferenciar entre los *venatores*, que como hemos mencionado anteriormente, portaban espada y escudo, y los *bestiarii*, delincuentes y condenados a muerte que vestían con una simple túnica y se enfrentaban a las bestias usando navajas y otros objetos punzantes. Éstos últimos además eran vestidos con ropas de colores (*mappa*) y debían provocar a los animales con antorchas u otros objetos. Se consideraba más honorable el hecho de enfrentarse a un animal cuerpo a cuerpo, que lanzándole un arma arrojadiza; es más, había un tipo de “cazador” cuya técnica de combate era luchar sin nada más que su propio cuerpo desnudo: la bestia contra el hombre. También participaban en ocasiones hombres libres (*auctorati*) e incluso algunos emperadores.

Dentro de las variantes de combates individuales destacaban las *missiones passivae*, en las que un jinete a lomos de un feroz animal se servía de éste para enfrentarse a otro, éste último sin jinete. Pero la variante más conocida fue la tauromaquia, consistente en enfurecer a un toro, trabajo designado a los *succursores*, para que los *taureii* o *taurocentae* luchasen contra ellos, armados con una lanza o una estaca. Por otro lado, había otro espectáculo con toros que consistía en cansar al animal a base de cabalgar a su lado, hasta encontrar el momento oportuno para abalanzarse sobre su cuello e intentar retorcérselo.

También como *venationes*, existían espectáculos cómicos en los que los protagonistas eran los animales. El más común era el de ver a un tigre o un león siendo abrazados por los domadores, lo cual suscitaba en el público emociones enfrentadas. En cuanto a espectáculos de animales domesticados se refería, los elefantes eran los

auténticos reyes, pues se les había enseñado a bailar, a andar por una cuerda floja, a imitar a gladiadores, a sentarse a la mesa a comer, etc. Eran espectáculos más fáciles de “ver” que los sangrientos combates.

En la ciudad de Roma las ejecuciones por bestias tenían un carácter anónimo, salvo que se tratase de un delincuente muy conocido. Al principio se aplicó este castigo a soldados extranjeros que desertaban del ejército romano, lo cual suponía para ellos, aparte de una muerte horrible, también deshonorosa. Luego se aplicó a esclavos que habían sido condenados y, por último, a los cristianos, como consecuencia de la persecución religiosa que sufrieron. Estos condenados a muerte a garras de las bestias recibían el mismo nombre que uno de los tipos de “cazadores” nombrados anteriormente, los *bestiarii*. Es preciso mencionar que antes del espectáculo las fieras habían pasado un tiempo sin comer y estaban adiestradas para devorar hombres.

Para dar un poco de verosimilitud a las “cacerías”, en ocasiones, el anfiteatro o el circo se transformaban en espacios naturales mediante decorados, hechos, eso sí, con árboles y vegetación arrancado de los bosques y llevados al recinto. Suponía un gran esfuerzo la preparación de este tipo de espectáculos, que tenían el nombre de *silvae*, puesto que constaba de todo tipo de detalles, incluso con que el agua emanara de riachuelos (Auguet, 1972: 85-105).

Las *Naumachias* eran combates navales, representados por condenados a muerte y prisioneros de guerra, que tenían lugar en el anfiteatro o en estanques construidos expresamente para dicho fin. Constituía un gran asombro para los espectadores el ver cómo la arena del anfiteatro se llenaba de agua en poco tiempo, algo que conseguían mediante un sistema de poleas y canalizaciones. Además, en estos espectáculos se reunían ejércitos de hombres, contados por miles, para representar la batalla. Los estanques eran los lugares más propicios para celebrar recreaciones que necesitaran de espacios de mayores dimensiones puesto que fueron lugares creados expresamente con ese objetivo. Como decíamos, se llamó Naumaquias al espectáculo y al lugar, aunque tuviese una vida corta, puesto que los costes de preparación eran desorbitados, ya que había que pagar el agua, la flota y los esclavos; todo tenía un precio.



La Naumaquia. Ulpiano Checa, 1894

Las batallas hacían honor a su nombre, nadie conseguía salir vivo de allí, y si lo hacían, igualmente estaban condenados a muerte, así que solo conseguían ganar tiempo. El lugar donde se representaba la contienda estaba rodeado de guardias para evitar cualquier intento de fuga, así que a los protagonistas no les quedaba más remedio que luchar. Se reproducían batallas de gran impacto y reconocimiento, abundaban las relacionadas con la historia de Grecia, como la de atenienses contra persas en Salamina, -representada por Nerón, el primero en inundar la arena de un anfiteatro- así que se hacía necesario, en su afán de realismo, crear una gran puesta en escena. Por lo tanto, las naumaquias eran como superproducciones en las que lo más importante no era la sangre derramada sino el arte de la guerra y los grandes escenarios de ficción. A veces estos grandes decorados se aprovechaban para darle otro aire a los combates de gladiadores, y éstos salían a pelear justo cuando finalizaba una naumaquia. (Auguet, 1972: 70-74).

4. LOS RECINTOS

4.1. El teatro

Debemos incluir el teatro como uno de los recintos donde se celebraban juegos, puesto que allí se dieron también luchas de gladiadores, además, las primeras representaciones teatrales fueron acogidas por los circos, así que también entraba en el grupo de los espectáculos públicos. El teatro tuvo más bien la función de centro político de la ciudad, incluso celebrándose juicios en él.

Los primeros teatros surgieron en Roma en el siglo III a.C., y consistían en simples escenarios de tablas, sin telón y sin decorados, donde la gente debía presenciar las obras en pie, ya que tampoco contaban con graderíos, siendo escenarios que se montaban y desmontaban. A pesar de que en Roma se prohibía la construcción de teatros permanentes, a finales de la República se levantaron los primeros, debido a que:

...a pesar de estos intentos por mantener la moralidad y las convenciones sociales, no se podían impedir los problemas inherentes a la masificación de un público que acudía por millares (¡hasta 50.000 espectadores en el Coliseo y 250.000 en el Circo Máximo!) a unos espectáculos en los que se desataban los instintos y pasiones más primarias y que, con frecuencia, podían desembocar en desórdenes públicos. Incluso el teatro, mucho menos visceral que las luchas de gladiadores o las carreras de cuadrigas, podía provocar disturbios urbanos. (Vivó, 2015: 36).

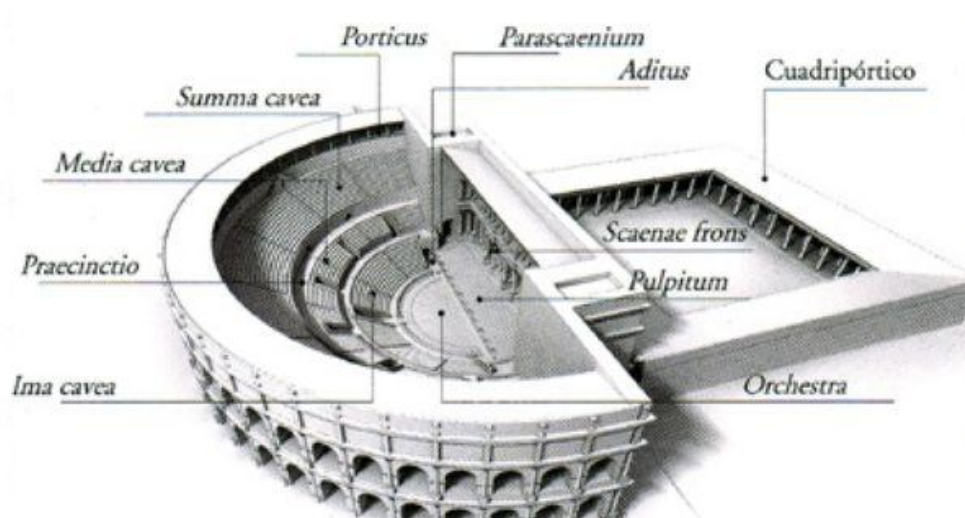
Los teatros romanos se asemejaban mucho a los griegos en cuanto a su estructura, los principales elementos son la *cávea*, la *orchestra* y la *scaena*.

La *Cávea* es el graderío desde el que los espectadores observan el espectáculo, y la parte más alta tenía el nombre de *pullarium*, donde se encontraban las localidades más baratas y el público más escandaloso y menos entendido del género. La *cávea* podía ser construida a partir de una ladera, haciendo que el teatro estuviera directamente apoyado sobre una colina. También, podía ser un edificio independiente, y la parte exterior de la *cávea* generalmente se decoraba con órdenes arquitectónicos, siendo por esos accesos desde la misma calle por donde entraban los espectadores al teatro. La *cávea* es semicircular y se dividía normalmente en tres *cúnei* o cuñas de escaleras. Las localidades podían estar numeradas, y los acomodadores colocaban al público según

figurara en la tablilla de entrada y en los números grabados en piedra en los asientos. Sobre la *cávea* podía haber un *velum* o toldo de gran tamaño cuya función era proteger a los espectadores del sol o de la lluvia.

La *Orchestra* es un espacio semicircular situado entre la *cávea* y la *scaena*, destinado a reservar las localidades exclusivas que ocupaban magistrados, senadores e invitados de honor. En la parte más cercana al escenario se desarrollaban pequeños espectáculos, estando *orchestra* y *scaena* conectadas por dos escalerillas. Se accedía a la primera por las dos entradas laterales que tenía el graderío, y en la parte superior de estas entradas abovedadas había palcos exclusivos para el emperador.

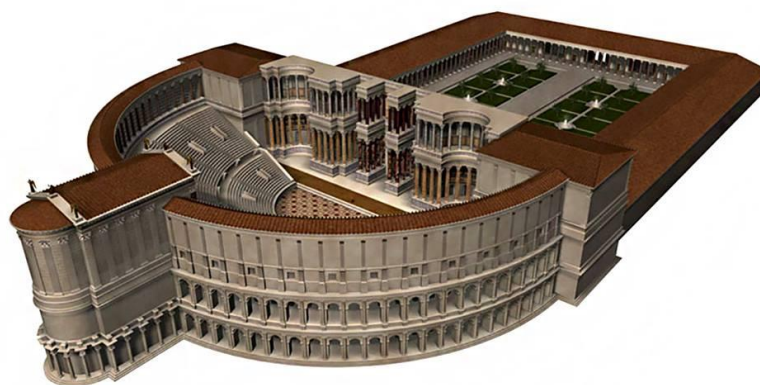
Aunque nos referimos siempre a la *Scaena* como la parte donde se desarrolla la acción, en el teatro romano se refiere al muro que hay justo detrás del escenario, que estaba decorado también con órdenes arquitectónicos y que constaba de huecos con formas geométricas circulares y cuadradas, donde se colocaban vasos de bronce o tierra con distintos timbres que producían una amplificación de la voz de los actores. El muro, que equivale al actual telón de fondo, se dividía en tres zonas: por la central salían y entraban los actores, uno de los lados era la entrada y salida de la ciudad y el lado restante comunicaba la ciudad con las afueras o el extranjero. Tras la *scaena* está el *postscaenium*, la zona donde los actores se visten y preparan para la obra y también donde se almacena todo lo respectivo al teatro.



Partes de un teatro romano

El primer teatro permanente en Roma lo construyó Pompeyo en el año 55 a.C. Antes ya hubo tentativas de hacerlo, pero se utilizaron materiales como la madera u otros efímeros que no soportarían el paso de los años, caso del levantado por Curio. Pompeyo se inspiró en un teatro que había visto en Mitylene para construir en el Campo de Marte una estructura de piedra que podía albergar a casi 20.000 personas y que constaba de una *orchestra* semicircular y una *cávea* con tres arcadas de distintos órdenes: toscano, jónico y corintio. También tenía un *velum* que protegía a los espectadores del Sol. Pero el elemento más importante, que hizo que el teatro perdurara, fue la colocación de un templo dedicado a Venus Victrix, o victoriosa, en lo alto del graderío, con lo que evitó que aquellos que censuraban la construcción de edificaciones sin carácter religioso lo demolieran, pues había sacralizado el espacio. Así nos cuenta Holland (2005: 303) cómo era el magnífico *Theatrum Pompeii* cuando se inauguró:

Erigido en un precioso parque, constaba no sólo de un auditorio, sino que, además, tenía un pórtico público, un edificio para el Senado y una nueva mansión para el propio Pompeyo. Coronando el complejo, estaba el templo de Venus, la excusa con la que Pompeyo había justificado toda la operación inmobiliaria, y en el que confiaba para protegerlo eternamente de los instintos de demolición de sus celosos rivales [...]. No se había reparado en gastos. En los jardines, exóticas plantas impregnaban el ambiente con sus aromas, un balsámico recuerdo de las conquistas de Pompeyo en Oriente. En el pórtico colgaban cortinas tejidas con oro entre las columnas, mientras que al fondo bajaban riachuelos que suavemente susurraban desde incontables fuentes [...]. Todas las estatuas y pinturas eran famosas obras maestras, cuidadosamente seleccionadas...



Reconstrucción del Teatro de Pompeyo

Tom Holland (2005: 305), nos relata además cómo el edificio durante su inauguración fue dedicado a luchas de gladiadores y a venaciones, presentando ante los

ojos de los aterrados romanos una auténtica matanza de animales, que causó un efecto imperecedero entre el público asistente:

Cuando veinte elefantes, un número sin precedentes, fueron atacados por lanceros, sus barritos de angustia enternecieron hasta tal punto a los espectadores del teatro que todos se echaron a llorar [...]. Pompeyo había llenado su teatro con maravillas llevadas de las cuatro esquinas del imperio: no sólo leones, tigres y elefantes, sino también leopardos, linceos, rinocerontes y lobos con cornamenta [...]. El exceso había ahogado el placer y la empatía.

Hubo otros dos teatros de piedra en Roma. En el año 13 a.C. se construyó el de Cornelio Balbo, y el Teatro de Marcelo, empezado por César y acabado por Augusto, del que se conservaron restos importantes. No se construyeron más teatros debido a que el número de representaciones teatrales fueron disminuyendo en época imperial.



Fachada del Teatro Marcello en Roma

Las obras eran anunciadas unos días antes mediante pregoneros y carteles, éstos últimos más frecuentes que los primeros durante el Imperio. Los asistentes debían portar cada uno al entrar su *tésera* o entrada, donde se encontraban todos los detalles: en qué *cúneus* debía sentarse y qué fila, además de la obra y autor que iba a presenciar. El público estaba lejos de ser respetuoso, si había cualquier aspecto que no gustaba, protestaban y silbaban, no obstante, en caso contrario aplaudían.

A veces asistía un tipo de público muy bullicioso y poco ilustrado, al que había que pedir constantemente que guardara silencio. Y si por casualidad se enteraban de que en ese momento se estaba celebrando un combate de gladiadores o una carrera de carros, abandonaban en masa el teatro en medio de la actuación y sin ningún miramiento.

Los decorados eran una parte importantísima de la representación. Al principio eran muy sencillos y monocromos, luego llegaron a ser hasta de oro o marfil. Algunos

teatros podían tener tres pisos, estando revestidos de mármol y vidrios, contaban con cientos de columnas y estatuas. El *hyposcaenium* o subsuelo de la *scaena*, estaba conectado con el escenario mediante trampillas, y tenía oculta al público una potente maquinaria que servía para mantener suspendido en el aire a un actor que hiciera de divinidad o similares. Era el denominado “deus es-machina”. La *scaena* también estaba oculta por un *aulaeum* o telón, ricamente decorado y que al contrario que hoy en día, se bajaba, ocultándose en un canal profundo en el borde del escenario, para comenzar la actuación, y se subía para finalizarla.



Grupo teatral. Se pueden ver decorados y máscaras típicas. Pompeya

Otra parte importante del espectáculo eran las máscaras teatrales, que servían tanto para interpretar diversos personajes como para ocultar identidades. En su origen se utilizaban en rituales de carácter religioso. Normalmente las máscaras blancas eran para personajes femeninos, mientras que las oscuras eran para los masculinos. El llevar máscara y el uso de pelucas permitía que un mismo actor pudiera interpretar a distintos personajes, y de ambos sexos, pues las mujeres no podían participar. El inconveniente que tenían era que siempre llevaban la misma expresión.

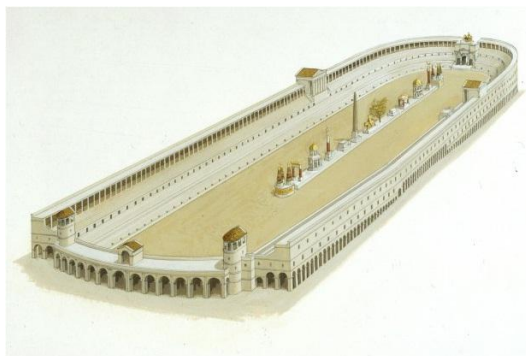
Los artistas que actuaban en el teatro estaban marginados social y políticamente, ya fueran actores, bailarines o músicos –considerado este último no como artista, sino como artesano-, aunque gozaban del mismo prestigio que los gladiadores o los aurigas. Los actores, ya que eran infames, solían ser esclavos y, los *dómini gregis* o directores de compañías teatrales, se encargaban de reclutarlos. En palabras de Tertuliano, recogidas por Segura (2008: 251-262): “aman a aquellos a los que condenan, degradan a los que aplauden, celebran el arte y humillan a los artistas”.

4.2. El circo

El circo era el lugar donde se celebraban las carreras de carros y de caballos, aunque también se celebraron luchas de gladiadores y *venationes*, hasta que pasaron a ser exclusivos del anfiteatro. Los circos tenían forma rectangular, pero uno de sus lados acababa en forma semicircular y el otro estaba ligeramente curvado. Las gradas tenían una gran separación respecto a la pista, y estaban situadas sobre un *pódium*, que era el sitio reservado para los invitados importantes. La pista estaba dividida en dos partes por una *spina* o muro que delimitaba el recorrido de la misma. En esta parte central se sentaban los jueces, y estaba decorada con figuras que se usaban para indicar el número de vueltas que habían recorrido los participantes de las carreras.

El Circo Máximo fue una de las edificaciones más emblemáticas de la antigua Roma. Estaba situado en un valle entre el Palatino y el Aventino. Al principio la gente se sentaba en las laderas a ambos lados para ver los espectáculos, luego César construiría el complejo que obtuvo la capacidad de albergar a 150.000 personas, y más tarde con las reformas de Nerón y Trajano a casi 400.000, convirtiéndose en el edificio dedicado a los juegos más monumental de la época y de todos los tiempos, pues medía 650 metros de largo y 120 de ancho.

En uno de los extremos del circo se situaban las cocheras o *cárceles*, lugar de donde salían los carros y donde estaba situada la *porta pompae*, por donde entraba una procesión solemne que daba inicio a los juegos. En el otro extremo, el semicircular, justo en medio, estaba la *porta triumphalis*, por donde salían los vencedores. La *spina* del Circo Máximo estaba ricamente decorada, tenía dos obeliscos erigidos, el primero por Augusto, que hoy se encuentra en la Piazza del Pópolo, y el segundo por Constancio II, situado actualmente en la plaza de San Juan de Letrán.

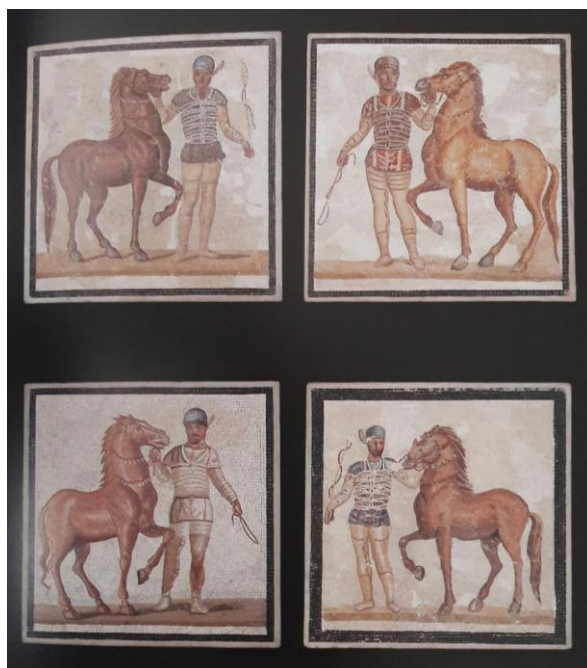


Reconstrucción del Circo Máximo según su aspecto en el siglo IV a.C.

Los *ludi circenses* en un comienzo servían para festejar una victoria militar y empezaban con una marcha triunfal que abría el magistrado organizador de los juegos montado en un carro tirado por dos y hasta ocho caballos, seguido de todos los participantes de los juegos, aurigas y luchadores, y éstos a su vez por sacerdotes con imágenes de los doce dioses, que en el Imperio se convirtieron en imágenes de emperadores y sus familias.

Las carreras de carros eran el mayor atractivo del circo. Tenían lugar por la mañana temprano, pero podían alargarse hasta la noche, dependiendo del número de carreras. El *auriga* o *agitator* iba vestido con una túnica corta del color de su equipo, protegido con un casco de metal, provisto de un látigo en su mano derecha y de las riendas en la izquierda, que además tenía atadas al pecho y que en caso de accidente debía cortarlas rápidamente con un cuchillo para evitar ser arrastrado por los caballos. El magistrado organizador de los juegos agitaba un pañuelo o *mappa* para indicar la señal de salida.

Una forma de garantizar la continuidad exitosa de estas carreras fue la creación de facciones de aficionados a partir de privados que organizaban juegos y se distinguían entre ellos con colores. Esos colores se convirtieron en banderas de facciones, como los *russata* (rojos) y los *albata* (blancos), o más tarde los *véneta* (azules) y los *prásina* (verdes), estableciéndose que corrieran cuatro carros por carrera, uno de cada una de ellas. Hasta los emperadores decidían apoyar a una sola facción, convirtiéndose en aficionados de un



Las cuatro facciones del circo en el que se pueden apreciar los colores de cada equipo.

equipo. Incluso los esclavos, que podían ver el espectáculo, se decantaban por un color, y a veces hasta lo vestían. Se produjeron muchos conflictos por la rivalidad entre facciones, además, podían mezclarse con temas de política y religión y agravar la situación. (Segura, 1997: 170-173). Plinio el Joven en sus *Epist.* IX, 6, citado por

Segura y Cuenca (2008: 338) nos cuenta su opinión acerca de las carreras que tenían lugar en el circo:

Se celebraban los juegos circenses, género de espectáculo hacia el que no siento la más ligera afición. Nada (hay) nuevo, nada diferente, nada que no baste haberlo visto una sola vez. Por lo cual me admiro que tantos millares de hombres ansíen, de una manera tan pueril, ver repetidamente los caballos corriendo y a los hombres montados en los carros. Si por lo menos, fuesen atraídos por la rapidez de los caballos o por la habilidad de los hombres, habría alguna razón; pero son partidarios de un bando, sienten amor a un color, y, si en la carrera misma y en medio de la competición, este color se pasará allí y aquél aquí, pasará (con él) el entusiasmo y el favor y de repente abandonarán a los aurigas y a los caballos, a quienes creen reconocer desde lejos y cuyos nombres gritan. Tan gran fuerza, tan gran autoridad hay en una túnica de ningún valor, no digo ya entre el vulgo, que vale aún menos que esta túnica, sino entre algunos graves varones. Cuando yo recuerdo que están tan incansablemente clavados en sus asientos en un espectáculo vacío, frío, cotidiano, encuentro una satisfacción (en el hecho de) que no estoy dominado por este placer.

4.3. El anfiteatro

El anfiteatro es la única edificación típicamente romana, como lo eran los espectáculos que en él se daban. Los demás recintos, como el teatro o el circo, tenían una fuerte influencia griega. El número de levantamientos de anfiteatros fue creciendo progresivamente pues se convertiría en algo fundamental para la sociedad romana.

Al igual que los teatros, algunos anfiteatros estaban contruidos a partir de una colina y otros en terreno llano; siendo los primeros de madera. El primer anfiteatro en piedra lo levantó Augusto, pero sería derribado en el año 64, pocos años antes de que Vespasiano comenzase la construcción del Coliseo.

Según Plinio el Viejo, en el año 53 a.C., Curio ideó un mecanismo giratorio por el cual podían unirse dos teatros de madera formando, como si fueran dos mitades, un anfiteatro. Por la mañana se llevaban a cabo las representaciones teatrales, y entrada la tarde se unían los dos teatros y se quitaban los escenarios para que se celebraran combates de gladiadores y cacerías. Holland (2005: 314) nos lo describe brevemente de la siguiente manera:

...ya antes de su regreso a Roma comenzó a esbozar planes para una serie de espectaculares juegos funerarios. Cuando inauguró, finalmente, el teatro destinado a acogerlos, la audiencia descubrió entusiasmada que ellos mismos formaban parte del espectáculo. Se habían construido dos escenarios diferentes, cada uno de ellos con sus correspondientes gradas semicirculares, en precario equilibrio sobre un punto de pivote. Se podían representar a la vez dos obras, y luego, al mediodía, una vez acabaran los actores, los teatros se movían con un ensordecedor crujir de maquinaria y se unían para formar un solo escenario, que las gradas rodeaban formando un círculo completo.

Las partes fundamentales de un anfiteatro son los graderíos, la arena y los servicios. Los primeros tienen la misma estructura que la de los teatros o circos, salvo que en este caso hay un muro de unos 4 metros que separa al público de la arena, para evitar accidentes y el ataque de las fieras. Además, en primera fila acostumbraban a sentarse los invitados de honor. También se cubrían con un *velum* para suavizar el calor o evitar mojarse. La arena, llamada así porque es de lo que estaba recubierta la escena, solía tener dos accesos, cada uno en un extremo de la elipse, aunque podían tener otros en los lados largos. Por último, los servicios se situaban bajo la arena y/o los graderíos, y consistían en salas donde se concentraban los gladiadores, jaulas para las bestias y más espacios para almacenar elementos de la tramoya. El *spoliarium* era el sitio donde se dejaban los cadáveres, humanos o animales, hasta que finalizara el espectáculo. La planta baja del anfiteatro era como una especie de laberinto con corredores y escaleras para acceder a la arena.

Hoy en día siguen muchos anfiteatros en pie, pero el más colosal de la Antigüedad fue el anfiteatro Flavio, más conocido como el Coliseo, comenzado a construir en el año 70 d.C. por mandato de Vespasiano, en el estanque donde estaba situada la Domus Aurea de Nerón, siendo continuado por el emperador Tito y terminado por Domiciano, e inaugurado en el año 80 d.C. Se conoce que se celebraron espectáculos en él hasta el año 523 d.C. Su contorno mide en total 524 metros, y su fachada norte, que es la mejor conservada, alcanza los 48 metros de altura. Consta de cuatro pisos: la planta baja y las dos siguientes tienen arcos visibles desde el exterior, y de abajo hacia arriba se pueden ver columnas toscanas, jónicas, corintias y compuestas. Al parecer había estatuas situadas entre las arcadas, pero ninguna se conserva. En la cornisa se pueden ver huecos donde se fijaban los mástiles con los que se enganchaba el *velum*.



Interior del Coliseo

En el *pódium*, situado al principio del graderío, estaba el palco del emperador, y en otro situado al otro extremo se sentaban pretores, cónsules y organizadores de los espectáculos. En las localidades de las cuatro primeras filas de todo el anfiteatro estaban apuntados los nombres de quienes debían ocuparlas, muchos de ellos se conservan hoy. Cada piso o *maenina* tenía 20 filas de asientos. La arena tenía forma elíptica, y bajo el subsuelo tenía todas las instalaciones subterráneas con las que contaba un anfiteatro. (Segura, 1997: 162-164).

En último lugar, debemos mencionar que había otro espacio donde de manera puntual se celebraron luchas de gladiadores: el Estadio. Así, cuando se produjo el gran incendio del 217 en Roma, a causa de un rayo, el Coliseo quedó dañado, pasando a celebrarse las *muneras* en el estadio de Domiciano o en el del Palatino. Por otro lado, la estructura de un estadio era prácticamente igual a la de un circo, salvo por el detalle de que el primero no consta de *spina* central, pues la función principal de éstos no era la de celebrar carreras de carros, sino más bien de atletas, que además entrenaban distintos deportes en este espacio, como el boxeo o el lanzamiento de jabalina.



Estadio del Palatino

5. TIPOS DE GLADIADORES Y REPRESENTACIONES EN LA ANTIGÜEDAD

Para estudiar iconográficamente a los gladiadores en la Roma Antigua debemos atenernos básicamente a las imágenes recogidas en frescos, mosaicos y relieves en piedra -pues apenas aparecen en otros soportes-. La finalidad de estas representaciones era básicamente la de decorar paredes, suelos y techos de las villas de la “burguesía” y patriciado romano. Las escenas más comunes son las que los muestran luchando entre sí o contra las bestias. Aun así, en algún caso nos encontramos imágenes en anfiteatros – como el de Pompeya-, termas e incluso basílicas.

Antes de entrar a profundizar sobre ellas debemos conocer los diferentes tipos de luchadores que “habitaban” circos, anfiteatros y otros edificios para espectáculos en Roma, para así, a través de referencias literarias recoger información de cómo era su equipamiento militar, qué características tenía cada uno de ellos, en qué se diferenciaban y, por último, en qué tipos de maquias participaban.

5.1. Tipos de gladiadores

Cuando se ingresaba en una escuela de gladiadores, se hacía como lo que eras, un esclavo, un prisionero o incluso un hombre libre, pero no por ello se pasaba a ser un gladiador inmediatamente. Lo primero que debía hacer alguien al entrar en un *ludus* era mentalizarse de que su profesión no iba a ser la más honorable. El siguiente paso consistiría en buscar un nombre por el que fueras conocido en la arena y que garantizara tu anonimato, por lo que, además, llevarías un casco que impedía que reconocieran tu rostro. El propio *ludus* se encargaba de mantener en las sombras la posición social que el aspirante ostentaba antes de entrar en la escuela, no obstante, muchos esclavos eran detectados por su manera de luchar. El *ludus* era una de las pocas maneras de escapar de la esclavitud, pero los esclavos eran conocidos por ser cobardes, y se mostraban de esa forma en la arena.

El nombre “de guerra” podía elegirlo el propio aspirante o bien se le asignaba. Debido a este anonimato no conocemos el nombre real del gladiador más famoso de la historia, Espartaco. Estos apodos servían al lanista para vender mejor su producto, sus luchadores. El *noms de guerre* hacía de ellos seres temibles y despiadados, y creaban

una incógnita y una curiosidad tremendas en sus compradores. Los nombres podían estar inspirados en casi cualquier cosa, pero a menudo recurrían a la mitología, y más concretamente a los dioses de la mitología griega. Uno de los mejores ejemplos fue un gladiador que se hizo llamar Hermes, en honor al dios encargado de conducir las almas al otro mundo, y que tuvo mucho éxito en la arena.

Otros nombres que se usaban con frecuencia, fueron: Nicéforo, “el que porta la victoria” o Máximus, “el más grande”. Pero si el objetivo era pasar desapercibido podían escogerse nombres más vulgares como: Valerio, Sergio, Servio, Servilio, etc., y con suerte continuarían en el anonimato. También podían usarse nombres compuestos como, por ejemplo: Marco Quinto Ducenio, que usó este nombre hasta en su lápida, para que recordaran sus hazañas tras su muerte.

El *magister* y el lanista, además de poner nombres a algunos de sus gladiadores, debían decidir su especialidad, no podía ser el aspirante quien decidiera, aunque a veces, muy pocas veces, contaba su opinión.

Matyszak (2012: 74-80) y Nossov (2011: 44-79) nos muestran las distintas especialidades de gladiadores que existían:

Arbelas. En un principio se llamaba a este gladiador *scissor*, pero sólo se le vio con ese nombre en una ocasión, luego se le cambiaría el nombre. Éste es probable que procediese de un cuchillo de zapatero semicircular que se asemeja al arma que utilizaba este gladiador. Llevaba un casco cerrado con cresta, una malla que le cubría hasta las rodillas, un guardabrazo acolchado y grebas. Estaba equipado con su cuchilla y una daga o espada corta en la otra mano, así que no portaba escudo. Era uno de los gladiadores que llevaba el equipamiento más pesado, y solía enfrentarse al *retiarius* o a otro *arbelas*.



Un *arbelas* enfrentándose a un *retiarius*



Relieve de un *provocator*

Provocator o “El provocador”. Aparece en la arena a finales de la República, armado con una espada corta o muy corta y un gran escudo rectangular que se asemeja al de los legionarios romanos. Llevaba un casco que le cubría la cabeza completa, e incluso el cuello, y le aseguraba el anonimato, pero su visibilidad era reducida. Su armadura era generosa, constaba de un peto o *cardiophylax*, lo más característico que poseía, una *manica* que le cubría un brazo desde el hombro hasta la muñeca, y una sola greba que le cubría hasta la rodilla. Solía enfrentarse a otro *provocator*, y una de sus mejores virtudes es que podía usar el escudo tanto en defensa como en ataque.

Myrmillo o “El hombre pez”. Este tipo de gladiador entra a escena a mediados de siglo I a.C. Usaba una espada corta, que en ocasiones, al ser su única arma, se la ataba a la mano para evitar perderla, y un escudo de madera de gran tamaño que podía tener forma ovalada o rectangular. Su nombre se debe a que usaba un casco que en la parte superior tenía una especie de aleta dorsal que parece la de un pez grande; concretamente el nombre *myrmillo* se relaciona con el pescado de mar mormylos. El casco tenía viseras anchas y se decoraba con plumas. Llevaba una *manica* y grebas, en ocasiones solo una que le cubría hasta la rodilla. Solía enfrentarse a un *thraex*, era el enfrentamiento más común en época imperial. Otras veces contra un *provocator* o un *retiarius*, con quien tenía la desventaja de que su red podía engancharse fácilmente en la aleta del casco.



Casco de un *myrmillo*



Casco de un *secutor*

Secutor o “El cazador”. Se le conocía también como *persecutor* o *contraretiarius*, ya que fue diseñado especialmente para luchar contra el *retiarius*. Es muy similar al *myrmillo*, pero en este caso su casco carecía de ornamentos, teniendo forma de huevo. Estaba diseñado para que el *retiarius* no pudiera enganchar su red ni clavar

su tridente en él, aunque tenía una pequeña aleta para que recordara a un pez. Por otra parte, tenía dos visores muy pequeños para evitar que su oponente le clavara el tridente, y no tenía visera para que no se enganchara a la red. Llevaba una daga de repuesto por si perdía su espada en medio del combate. Se cansaba mucho antes que su adversario debido a que por el casco casi no entraba aire, así que debía dosificar sus ataques. Como ya hemos visto, era el tipo de gladiador favorito de Comodo, que solía combatir como uno de ellos.

Hoplomachus o “El Hoplita”. Poseía hasta tres armas al empezar el combate: una lanza, una espada corta y una daga. Su escudo, normalmente de bronce, denominado *parmula*, era circular, cóncavo y de pequeño tamaño, lo que significaba una desventaja a la hora de defenderse pues cubría menos partes de su cuerpo; aunque, por otro lado, podía moverlo con mayor velocidad ante los ataques enemigos. El casco era de estilo griego, recordaba al de un tracio, con visera, cresta y una pluma a cada lado, homenajeando a los antiguos enemigos de Roma, los hoplitas. Tenía cubierto el brazo con el que portaba el arma con una *manica*, también llevaba grebas altas que sobrepasaban las rodillas y además protecciones en los muslos. No obstante, el único ropaje que vestía era un *subligaculum* o taparrabos y un *baeltus* o cinturón, llevaba el pecho descubierto. Normalmente se enfrentaba a un *myrmillo* o un *thraex*, se le representa más enfrentándose a este último.



Estatua de bronce de un *hoplomachus*



Casco de un *thraex*

Thraex o tracio. Está armado con una daga curva o *sica* y se defendía con un escudo rectangular de pequeño tamaño y curvado. Poseía un casco muy característico, con unos alerones ornamentados con plumas en los lados y una cresta en forma de grifo, que a veces suponía una desventaja, ya que tenía que agacharse más para evitar que de un golpe le quitasen el casco. Tenía cubiertos los muslos, las piernas y el brazo armado. Dependía mucho de sus grebas y los vendajes acolchados de las piernas debido al tamaño de su escudo. Su

principal oponente era el *myrmillo*, con el que guarda gran similitud, aunque en ocasiones se les veía como pareja de combate.

Retiarius o “El hombre de la red”. Era el tipo de gladiador más singular, sus armas eran un tridente y una red, además de una daga como repuesto. Normalmente vestía únicamente con un *subligaculum* o bien con una túnica. Su escudo recibe el nombre de *galerus*, y consistía en una coraza que le cubría todo el brazo con el que llevaba el tridente, extendiéndose hasta el cuello. También llevaba *manica* en el otro brazo pero, al contrario que los demás gladiadores, no llevaba casco, por lo que no era el más apropiado si lo que querías era pasar desapercibido. Tampoco llevaba grebas.



Estatua de bronce de un *retiarius*

En combate su táctica era atrapar al adversario con la red, casi siempre un *secutor*, y luego atacarle con el tridente o *fuscina*, pero muchas veces fallaba y tenía que ocuparse de recuperar la red sin ser herido. Por esta razón en ocasiones aparece representado sin la red, porque ya la habría lanzado, y era más común verlo sin ella. En el caso de que le fuera imposible recuperarla podía armarse con su daga, lo menos frecuente, ya que sólo la utilizaba cuando se quedaba desarmado o para asestar el último golpe a su rival, o bien sujetar el tridente con ambas manos. Era el gladiador más ligero en cuanto a equipamiento. En ocasiones, le hacían enfrentarse a dos *secutores* al mismo



Galerus

tiempo, con la ventaja de que podía subir a una plataforma puesta en la arena exclusivamente para este tipo de enfrentamiento y sólo con estos tipos de gladiadores. Además, se le colocaba en la plataforma al *retiarius* dos montículos de piedras que podía lanzar contra los *secutores* si intentaban subir. Al ver esta escena daba la sensación de estar viendo a un pescador intentando atrapar dos peces.

Eques o “El jinete”. Este tipo de gladiador sólo se enfrentaba con los de su clase puesto que entraban en combate subidos a caballo, aunque en cualquier momento caían o se bajaban y continuaban la lucha a pie, así que se les representa sin el animal. Lucían casi como caballeros, con una lanza, con la que entraban en combate, y una espada, un casco tradicional de caballería con visera y el *parma equestris*, un escudo pequeño y redondo también característico de éstos. Además, llevaban protección en el brazo que portaba el arma, pero no usaban grebas. Solían llevar túnicas con colores llamativos.



Mosaico de dos *equites*



Relieve de un *dimachaerus*

Dimachaerus. Este gladiador estaba concebido solo para atacar, pues llevaba una espada en cada mano y no tenía escudo. Sólo hay un relieve donde se le representa de esta manera. Cubría su cabeza con un casco cerrado de ala ancha y sus piernas con grebas. En el cuerpo llevaba una túnica o una malla, al igual que el *arbelas*. Se cree que el *dimachaerus* tenía a otro igual como oponente, así que probablemente se trataba de combates muy agresivos.

Andabata. Era un gladiador que llevaba un casco sin orificios, así que luchaba completamente a ciegas y, por lo tanto, solo ante rivales en la misma condición. Este tipo de combate se decidía con suerte y oído. Hay muy poca información sobre ellos, tanto escrita como visual, pero se sabe que no “trabajaría” durante todo el Imperio.



Representación actual de un *andabata*

Existen otros gladiadores de los cuales hoy en día no se ha obtenido la información suficiente como realizar un estudio iconográfico completo, pero se hace necesario al menos mencionarlos:

Crupellarius: Es de origen galo y sólo aparece descrito por Tácito, como gladiadores cubiertos por completo de acero, sin capacidades ofensivas pero casi impenetrables.

Gallus: No se sabe ni en qué período existió ni se conserva ninguna imagen. Se deduce su armamento, el mismo que el de un *myrmillo*, por su procedencia. Es más, se cree que son el mismo gladiador, pero con el nombre cambiado.

Laquearius: Se conoce que es una variante del *retiarius*, que porta un lazo en lugar de una red, y una lanza en lugar de un tridente.

Paegniarius: Este tipo de gladiadores eran los encargados de entretener al público en un combate cómico y sin armas afiladas, aunque se les consideraba gladiadores estaban obviamente en una escala más baja. Actuaban en los descansos entre combates serios. No llevaban más protección que vendas acolchadas y en ocasiones un casco, y se armaban con una fusta y una estaca. Se sabe que Calígula empleaba a lisiados y personas respetables como *paegniarii* para su propia diversión.



Paegniarii. Villa en Nennig, Sarre. S. III.

Sagittarius: Se trata del gladiador arquero, equipado con un casco cónico, una malla y un complejo arco. No se sabe demasiado de cómo eran exactamente, pero sí se conoce que cuando actuaban en la arena se tomaban precauciones para que los espectadores no fueran alcanzados por sus flechas, que recorrían una gran distancia.

Essedarius: Se sabe que luchaba montado en un carro debido a la procedencia de su nombre, *essedum* (carro ligero), aunque no hay imágenes de este gladiador como un auriga. La imagen de los *essedarii* se ha supuesto por descarte, debido a algunos relieves encontrados que no se correspondían con las otras categorías de luchadores. Se cree que portaba una espada, un escudo ovalado, casco y *manica*. También se dice que sólo entraba al combate en carro y que luego luchaba a pie.

5.2. Representaciones

Las representaciones más comunes sobre el tema las conservamos realizadas en mosaicos. En éstos se aprecia mejor que en cualquier otro soporte los detalles acerca de los diferentes tipos de gladiadores, puesto que la pintura al fresco sufrirá un mayor deterioro, al igual que los pocos relieves con los que contamos.

Los protagonistas de los *munera* son representados mayormente por parejas, viéndose una o varias a la vez, siendo las representaciones individuales menos habituales. Podemos dar por hecho que se encuentran en la arena, aunque en ninguno de las obras veamos representado el entorno.

Hay tres elementos que aparecen con frecuencia en los mosaicos: en ocasiones podemos ver que al lado de cada luchador está escrito su nombre de guerra, lo cual es indicativo de que algunos gladiadores gozaban de popularidad y eran reconocidos por ello; si alguno de ellos aparece abatido es probable que junto a él o junto a su nombre se registre un símbolo griego llamado *thetos* –un círculo cruzado por una línea-, que está relacionado con *Thánatos* y que viene a significar “muerte”. Por último, el tercer elemento distintivo de este tipo de representaciones es el *summa rudis* o árbitro, al que reconoceremos fácilmente por su toga blanca y su vara. Pueden representarse uno o varios, en el primer caso lo normal es que se encuentre en segundo plano pero en medio del combate, y si son dos los veremos uno a cada lado, detrás de los gladiadores.

Los luchadores representados por parejas o en grupo están casi siempre en posición de combate, uno atacando y el otro esperando el golpe, o bien uno abatido en el suelo, ya muerto, o esperando ser ajusticiado por su contrincante, al que veremos esperando la orden mientras amenaza al perdedor.

Había dos tipos concretos de gladiadores que se repiten en los mosaicos con mayor frecuencia y que solían enfrentarse entre sí. Nos referimos a la pareja más popular durante mucho tiempo: el *retiarius* y el *secutor*, a quienes ya hemos descrito anteriormente.

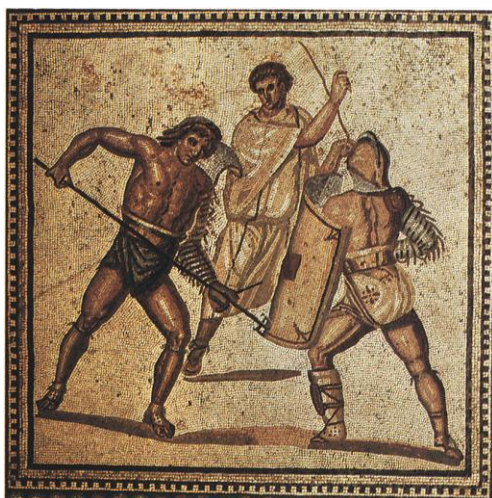
En ocasiones aparecen en una misma escena gladiadores y venatores, pero éstos no tenían la consideración de los primeros, sino que eran simples cazadores. A pesar de la rica iconografía que hay en el ámbito de las fieras, a éstos los vemos representados siempre de la misma forma, y ninguno presenta las características de un gladiador.

En los siguientes ejemplos podemos observar todos los elementos que acabamos de mencionar:

A la derecha tenemos el enfrentamiento de dos luchadores en dos fases. Se trata del *secutor* Astyanax contra el *retiarius* Kalendio. En la parte inferior está la primera fase del combate, en la que Kalendio ya le ha tirado su red a Astyanax con éxito. A pesar de ello, en la parte superior el *secutor* ha conseguido asestarle a su adversario el golpe mortal; lo sabemos porque se encuentra rendido en el suelo y porque a su lado aparece el *thetos*.



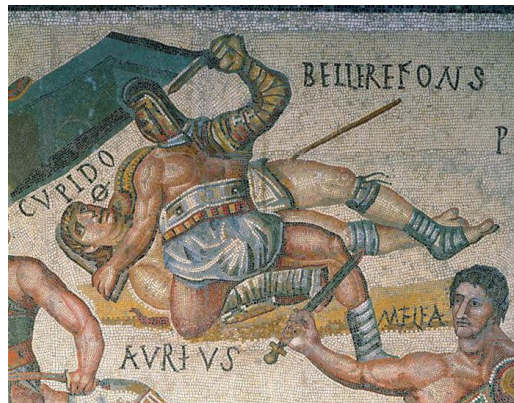
Astyanax el *secutor* contra Kalendio el *retiarius*. Siglo III a.C.



Mosaico de un pavimento en un villa de Nennig (Alemnia). S. III a.C.

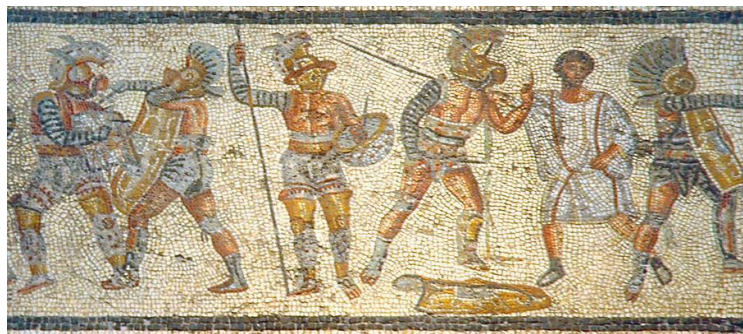
En este otro mosaico (izquierda) se pueden apreciar mejor los elementos clásicos de cada luchador, uno con el tridente y el *galerus*, aunque desprovisto de su red, pues lo más seguro es que ya la hubiera lanzado; el otro con su casco ahuevado con esa pequeña aleta, y aunque le vemos de espaldas podemos deducir que se trata de un *secutor*, puesto que su principal adversario era el *retiarius*. En el centro vemos al *summa rudis* o árbitro, que aparecía en la imagen anterior por partida doble.

Las imágenes que siguen corresponden a tres fragmentos de un gran mosaico encontrado bajo la Villa Borghese y correspondiente al siglo IV. En cada una de las imágenes aparecen representados a los anteriores protagonistas, *retiarius* y *secutor*, en distintas momentos del combate.



La imagen superior muestra a un *secutor* a punto de ejecutar a su adversario, apareciendo de nuevo el *thetos*, por lo que sabemos que Cupido no se ha salvado. En el fragmento de la izquierda, un *retiarius*, que ha soltado o perdido su tridente, que vemos a sus pies, ataca por la espalda a su oponente con su segunda arma. Por último, en el de la derecha, un *secutor* ha caído en combate, representado en una perspectiva forzada, a manos de un *retiarius*. De nuevo éste utiliza su arma de repuesto para ejecutar a su oponente, acción por otra parte bastante frecuente. A su derecha hay un *myrmillo*, aunque es parte de otra escena que no vemos. Las que podemos apreciar en el resto del mosaico son escenas de cacerías. El hecho de que en todos los enfrentamientos se encuentren estos dos tipos de gladiadores habla de la popularidad/preferencia de esta pareja en los combates.

La siguiente imagen del mosaico de Zliten nos muestra un grupo grande de gladiadores en el cual, a priori, los dos primeros son inclasificables, aunque podríamos deducir que es un enfrentamiento *thraex-myrmillo* debido a la forma de los cascos y al escudo pequeño del primero y grande del segundo. El tercer gladiador es un *hoplomachus*, al que vemos con su lanza y su escudo característicos, para enfrentarse al siguiente, un *myrmillo*, que tiene el dedo índice hacia arriba y ha soltado su escudo, pero no sabemos, por su actitud, si está pidiendo clemencia o solicitando algo al *summa rudis*, mientras éste mantiene el combate parado sosteniendo su vara entre ambos gladiadores.



Fragmento del mosaico de Zliten (Libia). Siglo II d.C.

Los *equites* no fueron los luchadores más famosos y aclamados, sin embargo podemos encontrarlos en varias imágenes. Esto se debía a que, por una parte, poseían una llamativa vestimenta, de uno o varios colores y, por otra, sus escudos podían estar decorados con motivos comerciales o propagandísticos. Así pues, en la imagen de la izquierda uno luce un uniforme naranja y el otro azul, aunque sus escudos se encuentran vacíos. En cambio, a la derecha tenemos lo contrario, unos escudos bien ornamentados y unos ropajes sin color, en un combate donde también entran en escena los *summa rudis*. Los *equites* entraban al combate montados a caballo, pero nunca se les ve representados ni siquiera al lado de uno, puesto que luchaban a pie. Se les reconoce fácilmente por el casco y el escudo.

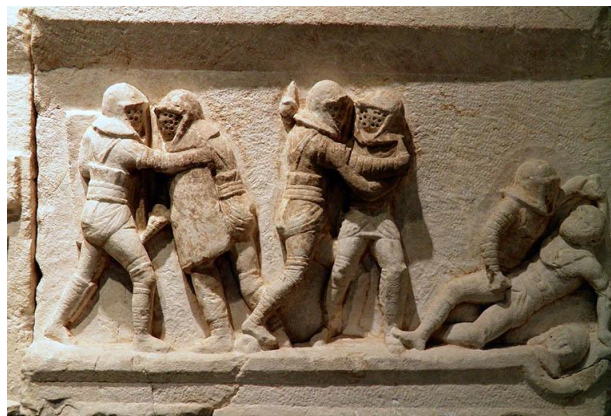


En piedra encontramos sobre todo relieves y algunas estatuillas que muestran prácticamente las mismas escenas y los mismos tipos de gladiadores que solían representarse en los mosaicos.

Así pues, en los dos siguientes vemos a los mismos protagonistas que aparecieron anteriormente, el *secutor* y el *retiarius*. En la imagen de la izquierda el segundo, vencido, levanta su brazo para pedir clemencia mientras que el *secutor* se dispone a acabar con su vida. En la derecha tenemos una de las formas de combate más peculiares entre estos dos gladiadores, que ya mencionamos anteriormente, aunque en este caso son tres los participantes: el primer *secutor* forcejea con el tridente del *retiarius*, mientras que el segundo aprovecha para subir a la tarima y alcanzar a su adversario por la espalda.



En el siguiente relieve un grupo de *provocatores* se enfrentan entre sí. El único elemento por el que podemos identificarlos son los cascos. Dos parejas forcejean, mientras que el combate ya está decidido para la tercera.



Estos dos bajorrelieves muestran la imagen de un *arbeltas*. Podemos reconocerlo en ambos casos por su brazo izquierdo, donde porta su afilada arma, tan peculiar y característica. De este gladiador no se conocen más representaciones: en la izquierda un combate y un desenlace; en la derecha una imagen individual, aunque es posible que el fragmento que falta tuviera a otro luchador enfrentándose a él, puesto que vemos al *arbeltas* en posición de combate.



El siguiente bajorrelieve presenta lo que parece ser un combate grupal. Como hemos visto anteriormente, los gladiadores solían pelear por parejas, aunque también pudieran representarse todos juntos. En este caso podemos apreciar cómo un grupo de *thraex*, *myrmillos* y *hoplomachus* pelean entre sí, ya que mientras uno de ellos está pendiente del que tiene delante, el que tiene detrás aprovecha para atacar por sorpresa.



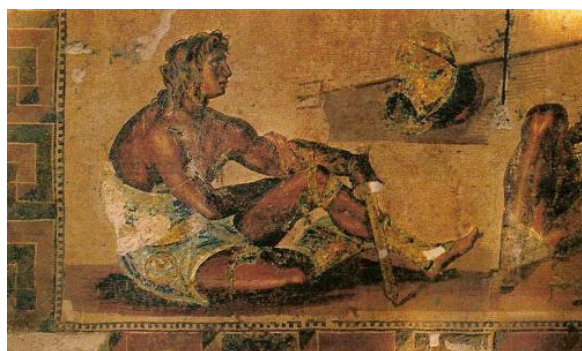
Relieve de la lápida de Lucius Storax. Siglo I a.C.



De izquierda a derecha: *provocator*, *secutor*, *thraex*, *hoplomachus*, *myrmillo* y *retiarius*.

En último lugar debemos mencionar que también se realizaron pinturas murales con esta temática pero, como ya hemos dicho, han sufrido un mayor deterioro y se conservan muy pocos ejemplos en los que podamos distinguir y trabajar la iconografía de los gladiadores. Entre ellas este fragmento de un fresco que nos muestra a un luchador que acaba de finalizar su combate. Podemos suponer que se trataba de un entrenamiento, ya que no suele representarse al vencedor sentado. A su lado está su oponente, aunque no le veamos, que era un *retiarius*, o al menos había completado el entrenamiento con un tridente como arma.

Fresco de una villa en Wadi Lebda, Leptis Magna. Túnez. S. I d.C.

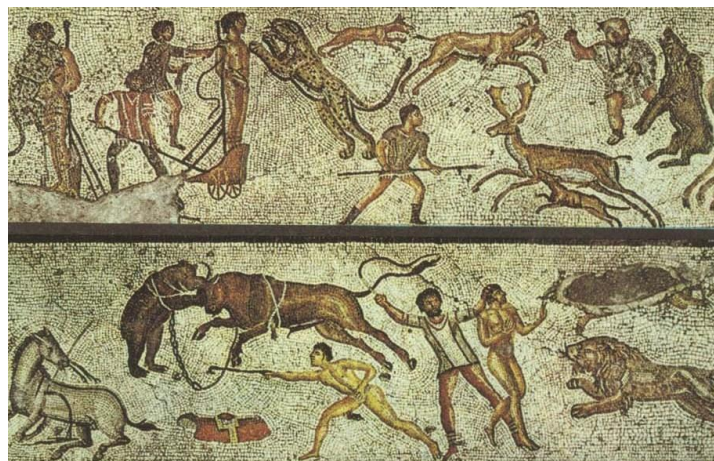


Esta otra pintura tiene un carácter funerario, ya que se trata de dos *bustuarii*, los primeros gladiadores que existieron y cuya función era pelear en la ceremonia fúnebre de alguien importante; por ello se trata de una de las representaciones más antiguas que se conservan de éstos, aunque sabemos que no se trata de ninguno de las tipologías que hemos tratado, pues están representados de manera arcaica, con un escudo, un arma larga y sin más protección que un casco.



Fresco de una tumba lucana en un sepulcro de Paestum. S. III a.C.

Aunque este trabajo se centra en la iconografía de los *munera*, debemos al menos mencionar las *venationes* en este punto, pues son incluso más ricas en imágenes y con escenas más complejas. Hemos seleccionado únicamente el siguiente fragmento del mosaico Zliten donde podemos apreciar tres de las modalidades que ofrecía este espectáculo: la cacería, la lucha entre bestias y el castigo o *damnatio ad bestias*.



Mosaico de Zliten. Leptis Magna, Libia. Siglo II d.C.

6. CONCLUSIONES

Con la redacción de este Trabajo de Fin de Grado hemos intentado dar respuesta a los objetivos que nos planteamos al principio del mismo.

Nuestro primer interés a partir del análisis de las representaciones de la luchas de gladiadores era intentar entender la estrecha relación que para los antiguos romanos había entre la vida y la muerte, y a partir de ello reflexionar sobre cómo funcionaban en esa sociedad los mecanismos que hacían que esta relación fuera tan estrecha. Evidentemente este fenómeno no se podría entender sin tener en cuenta cómo la religiosidad iba a impregnar cada uno de los aspectos de la vida cotidiana de esta civilización.

Asimismo, hemos visto claramente cómo el Estado, por motivos diferentes, promovía esta serie de actividades –que originariamente se desarrollaron de mano del patriciado romano-, puesto que las financiaba. Gracias a ambos se pudieron celebrar los numerosos festejos, tanto de tipo religioso, como los que después se transformaron estrictamente en espectáculos para las masas, caso de los *munera gladiatoria*, que evidentemente habían nacido en el ámbito religioso, como explicamos en el trabajo. Este hecho fue importante puesto que nos permitió entender perfectamente cómo todos estos ítems en Roma estaban interconectados entre sí: sociedad, religión, festejos, Estado y, obviamente, los espectáculos derivados de ello.

A su vez, y gracias a esta financiación, en ocasiones estatal y en ocasiones, como hemos dicho, del alto patriciado y el consulado, hemos visto cómo se realizaron los grandes edificios relacionados con espectáculos, especialmente los anfiteatros, así como el resto en los que alguna vez de manera puntual se realizaron luchas de gladiadores, como los teatros o los circos. La capacidad de éstos ha permitido que nos demos cuenta de la importancia que tenían estos festejos para los romanos, puesto que nunca más se han vuelto a levantar edificios que pudieran albergar hasta 400.000 espectadores, como fue el caso del Circo Máximo en Roma; o como ninguna otra ciudad, ni antes ni después, tendría tres teatros funcionando al mismo tiempo cuya capacidad individual superara los 13.000 espectadores, algo que en la actualidad sería impensable y que nos subraya la importancia que tenían para los romanos los festejos religiosos así como los que de ellos derivaban. Evidentemente no deja de sorprendernos y admirarnos la altísima participación ciudadana y colectiva en todos ellos, que hacía necesaria la creación de edificaciones que albergaran a un número tan alto de personas.

Por otra parte, cuando estudiamos las diferentes tipologías de gladiadores pudimos saber cuáles eran los más queridos en su época, cuáles los más seguidos por los que asistían a los espectáculos y, por tanto, cuáles de continuo, aparecían en las representaciones, tanto en los mosaicos como en los frescos u ocasionalmente en los bajorrelieves. Las representaciones que tratamos se mantienen inalteradas en el tiempo, es decir, iconográfica y estilísticamente no presentan cambios significativos, quizás porque tenían una función decorativa y los protagonistas debían ser fácilmente identificables. No es seguro, evidentemente, que el *retiarius* y el *secutor* fueran los más representados puesto que no conservamos un número tan amplio de representaciones como para poderlo afirmar, pero sí fueron los que mayor querencia tuvieron por parte de los espectadores, y eso podría significar que fueran los más comunes a la hora de plasmarlos. Además, eran los dos tipos de gladiadores que ofrecían un combate más atractivo, visualmente hablando, por la temática del pez y el pescador y por el armamento del *retiarius*. Quizás la elección de un determinado tipo de luchador para una tipología concreta dependería de las condiciones físicas de cada uno, así como de la demanda que pudiera existir en cada ludus y en cada arena.

Este pequeño estudio también nos ha permitido establecer la procedencia de éstos, que mayoritariamente habían llegado como botín de guerra, vendiéndose en los mercados de esclavos como tales, lo cual es interesante para entender cómo se gestionaba toda esa mano de obra llegada a Roma de manera “gratuita” gracias a las campañas de las legiones romanas.

El atractivo de los espectáculos fue otro elemento que pudimos comprobar cuando muchos ciudadanos romanos libres preferían perder su libertad para participar en los juegos y adquirir así fama, ganarse el favor de mujeres o el simple reconocimiento, renunciando a la ciudadanía romana, lo cual nos indica la pasión que tenían por los juegos; pues como indica Rudilosso para el caso de las féminas (2015: 68), “some women were crazy about them and were driven by their desire to get closer to a gladiator. The *lanista*, always on the lookout for extra money, would organize encounters at which matrons paid to meet their idols².”

Por último, en época imperial, pudimos comprobar cómo algunos de los césares –el caso de Comodo fue el más significativo- los financiaron, en una clara maniobra

² “Algunas mujeres enloquecían por ellos y su deseo las conducía a estar cerca. El lanista, siempre buscando dinero extra organizaría encuentros en los cuales ricas matronas pagarían por conocer a sus ídolos.”

política, para ganar apoyo popular en momentos de conflicto contra el Senado, haciendo honor a la inmortal frase de Juvenal con la que hemos titulado este trabajo: “Panem et Circenses” y estableciendo con claridad que la política de estado romana era un complicado y frágil juego de estrategia.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Auguet, R. (1972). *Los juegos romanos*. Barcelona: Aymá S.A. Editora.
- Cabrero, J. (2006). *Los romanos. Vida y costumbres*. México: Perymat Libros.
- Cadario, M., Giustozzi, N. y Chiara, M. (2009). *Guida archeologica di Roma*. Roma: Electa.
- De Rose, E. (ed) (2004). Il territorio & la storia dell'antica Roma. *Roma archeologica*. 23-24. Roma: EDR.
- Connolly, P. y Dodge, H. (1998). *La ciudad Antigua. La vida en Atenas y Roma clásicas*. Madrid: Acento Editorial.
- Holland, T. (2005). *Rubicón. Auge y caída de la República romana*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Mannix, D. (2009). *Breve historia de los gladiadores*. Madrid: Ediciones Nowtilus, S.L.
- Matyszak, P. (2012). *Gladiador. El manual del guerrero romano*. Londres: Akal.
- Nossov, K. (2011). *Gladiadores. El espectáculo más sanginario de Roma*. Madrid: Libsa.
- Rudilosso, G. y Rudilosso, R. (2015). *Gladiadores. Categories and Fighting Techniques*. Milán: Electa.
- Segura, S. (1997). *Cultura clásica y mundo actual*. Bilbao: Zidor Consulting.
- Segura, S. y Cuenca, M. (2007). *El ocio en la Grecia clásica*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Segura, S y Cuenca, M. (2008). *El ocio en la antigua Roma*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Vivó, D. (2015). Los bajos fondos en Roma. *Arqueología e Historia*. 2. Madrid: Desperta Ferro Ediciones.

VIDEOGRAFÍA

Hemos utilizado las siguientes fuentes documentales para el TFG pero no hemos querido incluir sus referencias en el texto sobre cuestiones iconográficas al ser éstas representaciones contemporáneas con cierta carga de subjetividad.

- Caterina Turrone, Hugo Macgregor y Jack MacInnis (2012). *Meet the Romans* [DVD]. Reino Unido: BBC2.
- Caterina Turrone y Chris Mitchell (2016). *Rome, an empire without limits* [DVD]. Reino Unido: BBC2.

- *El sangriento Imperio romano (Roman Empire: Reign of Blood, Richard López 2016)* (TV Series).
- *Espartaco (Spartacus, Stanley Kubrick 1960)*.
- *Gladiator. (Gladiator, Ridley Scott 2000)*.